



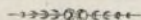
Vista de la catedral de Brujas.

25 de setiembre de 1845.

TOMO III. 26

ESTUDIOS DE VIAGES.

BRUJAS.



«¿Y á donde bueno vamos ahora por estas llanuras, mi amo?—A Brujas, Pelegrin.—Señor, mal nombre tiene el lugar; y si el hermano Quevedo, ó como le llamaban á aquel hermano, no quería pasar por *Dueñas* (1) porque le sonaba el nombre á cosa mala, hágase vd. cargo si me dará á mí buenos barruntos ir á Brujas.—Por lo mismo no será malo que te vayas preparando con algunas oraciones contra maleficios: aunque yo tengo para mí que note ha de desagradar Brujas tanto como de su nombre temes.»

Así íbamos marchando por aquellas vastas esplanadas, apenas interrumpidas por alguna ligerísima elevación, dividiéndose solamente, á la distancia de 3 ó 4 leguas la cordillera de pequeñas costas ó prominencias que las separan del mar del Norte, y á la hora y media de haber salido de Gante nos encontramos ya en el hotel de la *Fleur de Blé* de Brujas, ó Brujas, capital de la Flandes Occidental.

Desde luego empezó á no parecerle á Tirabeque tan mal como él se había temido; y mas cuando vió el almuerzo decente que nos presentaron, y mucho mas despues que salimos á ver la poblacion, y se encontró con una ciudad de 45,000 almas, de calles anchas, rectas y muy aseadas; y mucho mas todavia cuando se fué haciendo cargo del *carácter*, como él decía, de las mugeres, que con razon tienen fama de hermosas, pues por lo general se nota en las brugenses una finura y perfección de facciones no comun, junto con un color sonrosado y unatez fresca y delicada, que resalta mas bajo los sombreritos anchos de paja, y bajo las blancas y finas cõfias con sus dos deditos salientes de rico encage que generalmente usan. Ello es que ya me decía Tirabeque: «Señor, no me van pareciendo mal estas brujas: si son así todas, desde luego estan demás para mí los conjuros que contra ellas tiene la iglesia, antes bien no me pesaria que me tentáran—Pelegrin, Pelegrin! que te me deslizas! acuérdate de lo que eres y de lo que somos.—Está bien, señor, pero ahora veo que tenia vd. razon cuando decía en Bruselas: «déjate, Pelegrin, que no están lejos las flamencas y allá llegaremos si la caldera del vapor no se rompe.»

Efectivamente, sino todas las brujenses son hermosas, se ven en lo general buenas caras, y es muy raro hallar una que pueda llamarse fea.

Brujas es el pueblo de Bélgica que conserva mas sabor, mas tintes, mas marcada la fisonomía de la edad media. Es menester irse deteniendo delante de la mayor parte de las casas á contemplar los lindos adornos, los trabajados y menudos bajos-relieves que las adornan. El viajero, en medio de aquellos antiguos palacios, de aquellas piedras y escudos de armas feudales, espera siempre ver salir por aquellas puertas de arcos ogivos alguna dama con su capirote de terciopelo y con su larga cola remangada y llevada por un page. Mira hacia las ventanas, y se hace la ilusion de que va á vislumbrar detras de la reja ó de la celosia alguna doña Blanca ó doña

(1) Villa de Castilla la Vieja, provincia y á dos leguas de Palencia.

Florinda. El aspecto de la ciudad de BRUGES interesa mas á un español que á todo otro extranjero.

Cuentos de Brujas.

Esto parece en verdad la historia antigua de BRUGES. Con dificultad poblacion alguna presentará en sus páginas históricas una serie de hechos mas raros y originales, de anécdotas mas curiosas y entretenidas, ni mas apropiado para ser escuchadas con la boca abierta por una tertulia de españoles de los que alcanzaron el uso del tonillo y de los cabellos empolvados. Referiré algunas de ellas como se las conté á Tirabeque. Nada inventaré; todo es histórico.

Han de saber vds. que antiguamente Brujas fué una ciudad muy populosa y muy rica. Solo en sus telares se empleaban mas de 50,000 tejedores, y las manufacturas de sus fabricas eran buscadas con avidez de la Inglaterra, de la Italia, de todo el Norte, y de la India. En tiempo de Felipe el Atrevido era tanta su prosperidad que cuando se supo que el duque de Borgoña Juan Sin-miedo habia quedado prisionero de los infieles en la batalla de Nicópolis, y que pedian por su rescate 200,000 ducados, un solo negociante de Brujas los aprontó en el acto.

Cincuenta años mas tarde, necesitando Carlos V dos millones de florines (mas de 8 millones de rs.) se los pidió prestados á un comerciante de Brujas llamado Deans, que al contado se los facilitó. El emperador en demostración de agradecimiento quiso hacer al comerciante el obsequio de ir á comer á su casa el mismo dia que recibió el préstamo.

Señor, me interrumpió aquí Tirabeque cuando solo contaba; tenia un buen modo de obsequiar el señor emperador! Tras de pedir dinero convidarse á comer. Mas en el orden estaba que hubiera convidado S. M. al comerciante á comer en su palacio.—¿Qué quieres, Pelegrin? Los reyes honran así á los particulares. Y escucha, y oirás una cosa buena.»

El comerciante le dió un banquete espléndido y opíparo. A los postres echó mano al bolsillo, sacó la obligación del empréstito, y la rasgó; y colocando los fragmentos en un plato, se le pasó al emperador diciéndole: «Señor, no es caro comprar en dos millones de florines el honor que V. M. me ha dispensado hoy.»—Campechano y rumboso era el tal comerciante, mi amo, se parece á los prestamistas que hay ahora en España, que si no ven al ojo el ciento por ciento de ganancia cierran la bolsa, y muérase la patria; compare vd. aquel Dean con estos Arcedianos; y á ver si entre todos ellos se encuentra un Brujo como aquel.»

Y han de saber vds. que el primer conde de Flandes en Brujas fué Balduino Brazo de Hierro. Despues vino Balduino el de la bella Barba. En seguida Balduino el del Hacha, que en lugar de espada iba armado de una hacha de 50 libras de peso. Y ahora verán vds. el modo que tenia Balduino el del Hacha de hacer justicia con los ladrones.

Pues señor, en una ocasion sucedió que llegaron unos comerciantes de joyas á un pueblo, á tiempo que llegó á la misma posada con varios amigos monseñor Enrique de Calloo, uno de los mas ricos y de los mas nobles señores del pais, pero que acababa de perder al juego una

enorme suma. Vió los comerciantes y las alhajas, y tentóle Satanás y le inspiró el pensamiento de robarles el dinero y las joyas. Pues, señor, mi dicho y mi hecho. Cuando los comerciantes trataron de marchar, enviaron delante los criados para que les tuvieran preparado alojamiento. Dos horas después salieron ellos, y Enrique de Calloo y sus amigos les fueron siguiendo la pista, y al atravesar un monte se echaron sobre ellos, los asesinaron, recogieron todo el oro y las joyas, escondieron los cadáveres entre unos matorrales, y siguieron disimuladamente su camino.

Al llegar á las puertas de la ciudad encontraron á los criados de los joyeros que estaban esperando á sus amos. — «Señores, han encontrado vds. á nuestros amos por casualidad?—Delante de nosotros salieron un buen rato; no hemos visto á nadie y ya deben haber llegado á la ciudad.» Esta respuesta les puso ya en cuidado, y quedándose allí tres de ellos, los otros tres salieron camino de Brujas á ver si encontraban á sus amos.

En llegando al monte, vieron la tierra teñida de sangre, siguieron el rastro, y encontraron los cadáveres, y sin pararse á mas se fueron corriendo derechos á contárselo al conde *Balduino el del Hacha*. Lo oye *Balduino el del Hacha* con mucha atención, se informa bien de todo, y va y dice: «encerrarme esos hombres en un castillo con guardas de vista, y ensillarme el caballo.» En seguida echa mano al hacha, monta á caballo, y la emprende solo á galope tendido en busca de Enrique de Calloo. «Alguna cosa de bueno nos han de contar mañana del amo,» quedaron diciendo los sirvientes.

Pues señor, llega á *Thourout*, en ocasión que estaba casi todo el pueblo en la plaza, donde acababan de ejecutar á dos monederos falsos; y todavía estaban allí las cubas de aceite hirviendo en que los habían metido. «Alto, señores, dijo *Balduino*; no hay que quitar las cubas; ponerles fuego debajo para que el aceite esté en buen punto, que luego vuelvo yo.» Y se va derecho á la posada en que estaba Enrique de Calloo con sus compañeros: ellos habían salido, *Balduino* sube á su habitación con el posadero, hace descerrajar sus cofres, y encuentra las joyas robadas.

Busca en seguida á Enrique y sus cómplices, los hace arrestar, les toma declaración, y no hallando que contestar á las pruebas que *Balduino el del Hacha* les presenta del robo, confiesan de plano. Entonces *Balduino* los hace llevar incontinenti á la plaza, y sin darles lugar á tomar ninguna disposición, vestidos y armados como estaban, los manda arrojar en las cubas de aceite, y así perecieron el noble *Enrique de Calloo* y sus compañeros.

—¡Caracoles, mi amo (me decía Tirabeque cuando se lo contaba), y qué breves eran los sumarios del Sr. *Balbino el del Hacha*! Aquel no gastaba tantos arrumacos con los ladrones como nuestros tribunales. ¿Sabe vd., mi amo, que pienso había de venir grandemente un hachero como el Sr. *Balbino* para ver si descataba los ladrones de cierto país que yo me sé?

Pues señores, en otra ocasión venia *Balduino el del Hacha* de celebrar una asamblea de sus estados en Ypres, en la cual para hacer mas solemne la ceremonia, había armado de caballeros á seis de los mas nobles del país. Y cuando volvía á su castillo acompañado de los seis nuevos caballeros, al llegar á un monte encontraron una comitiva de boda. *Balduino el del Hacha* se dirigió á la novia, que era una joven de mucha hermosura, y sacando una sortija de su dedo, le dijo: «pues que la casualidad ha hecho que vengas á tan buen tiempo por este camino, toma esta sortija y si alguna vez necesitas de mí, envíame la sortija y reclama mi auxilio, que no te faltará.» A su ejemplo cada uno de los caballeros hizo una fineza á la novia: ella quedó muy contenta, y la cabalgata señorial prosiguió el camino del castillo.

Pues señor, á la media noche, cuando *Balduino el del Hacha* dormía el primer sueño, le despierta uno de sus escuderos, y enseñándole la sortija, «señor, le dice, un paisano que acaba de llegar al castillo lleno de polvo y jadeando de cansancio ha traído esta sortija de parte de la novia del bosque.—Que entre el paisano, dijo *Balduino*.»

Era el hermano del esposo. Los seis nuevos caballeros habían robado á la novia al tiempo que la llevaban á la casa nupcial, hiriendo á algunos de la comitiva que trataron de hacer resistencia; y la pobre novia no tuvo mas tiempo que para arrojar la sortija diciendo: «llevad esa sortija á *Balduino el del Hacha*.»

Arrojase el conde de la cama: «¿hacia donde se han dirigido los raptos? le pregunta al paisano.—Hacia la casa encarnada,» le contesta; que era una taberna inmediata al castillo.

Manda *Balduino* á diez hombres de armas que se armen inmediatamente, y tomen clavos y cuerdas, y salgan á la casa encarnada, que allí le encontrarán ya. Y toma el hacha, y monta á caballo. Las luces, y las risas, y los juramentos y blasfemias que vió y oyó en el primer piso de la casa encarnada, no le dejaron dudar de que allí se hallaban los criminales. Echa pie á tierra, ata el caballo á una de las argollas de la pared, llama á la puerta, y viendo que nadie le responde, la derriba de una patada, y entra. Sube á tientas por la escalera, y abre sin dificultad la puerta de la sala donde estaban los malvados; arroja una mirada, y vé á la joven atada fuertemente mientras sus raptos la estaban jugando á los dados, á ver á quien le tocaba la prenda.

La aparición de *Balduino* fué un rayo para los culpables, que dieron un grito de terror, á que correspondió la joven con otro grito de alegría. Viéndose perdidos tratan de huir dirigiéndose á la escalera, pero *Balduino* se coloca á la puerta con el hacha levantada, y les dice: «al que se acerque le divido el cráneo de medio á medio.»

En esto se divisa resplandor de antorchas, y se oyen relinchos de caballos. Eran los diez hombres de armas. Llegan, suben, se presentan á *Balduino*: «¿traéis clavos y cuerdas? les pregunta.—Sí señor.—Pues bien, clavados en esa viga, y preparad las cuerdas.»

Los caballeros palidecen, confiesan el delito y le piden perdón.—No hay perdón, responde *Balduino*: dáos prisa á preparar esos cordeles.—Señor, ya están los clavos, y también los nudos corredizos.—Pues bien, arri-mad ese banco, y ponedle debajo de las sogas. Suban vds. ahí, caballeros. Qué, ¿se resisten vds? Ponédmelos sobre ese banco, quieran ó no quieran.

—Ya están, señor.

—Esas cuerdas al cuello.

—También están ya.

Echa *Balduino* una última mirada, los encuentra competentemente colocados, da un puntapié al banco, y quedan los seis caballeros ahorcados en toda regla. En esto se oye un gran ruido; era el novio que llegaba con todos los mozos de la villa armados de azadas y horcones. *Balduino* los hace entrar, y les enseña en un lado á la joven, que restituye á su marido pura como se la habían robado, y en otro á los criminales ya decentemente castigados. La justicia de *Balduino el del Hacha* había sido mas breve y ejecutiva que la venganza del marido. Con ejemplares como estos logró *Balduino el del Hacha* desterrar de Flandes toda clase de crimenes.

«Señor, los pelos se me enrizan y se me ponen como los de un puercito-espín de pensar en el genio que tenía ese señor *Balduino*. Ese no se andaba con traslados á la parte, ni con «pase al fiscal,» ni con términos de prueba, ni con acusas de rebeldía y esas otras zarandajas. A bien que no echarían mucho pelo los escribanos con el Sr. *Balduino el del Hacha*. Bien me decía vd., señor, que la historia de Brujas parecían cuentos de brujas.—Pues si

te contará la historia de *Cárlos el Bueno*, de *Luis el Gorro*, de *Santa Godelieva*, y otras, oirías cosas no menos estupendas y admirables; que te parecerían otros tantos cuentos de brujería. Pero sabes que nos está esperando el *commisionaire* para llevarnos a ver las cosas notables de la ciudad.—Señor, me gustaban á mí esas historias, pero me hago cargo que necesitamos el tiempo para ver las cosas de Brujas.

Mas y mas Brujas.

Fuimos primero, por ser lo mas cerca, á la *Academia y Museo*, donde salió á recibirnos con el bocado en la boca y meneando las mandíbulas, signo demostrativo de estar almorzando, una muger, que llamaremos á lo Tirabeque una *bruja*, pues nunca él se pudo acomodar á decir una *brujaense*.

Menos abundante que escogida es la coleccion de cuadros que allí se encuentra; si bien los inteligentes, hallando juntas las dos obras capitales de *Van Dyck* y de *Hemling*, tienen ocasion de poder comparar el mérito respectivo de los dos mejores pintores de la escuela flamenca del siglo XV. La academia de nobles artes celebra en este local sesion publica tres veces al año.

De allí pasamos al *Hotel de Ville*, edificio gótico bien conservado y de un estilo puro, con biblioteca, y bastantes pinturas y retratos, entre los que se distinguia el de Napoleón, primer cónsul, con manto de escarlata. «¿Cómo es, le pregunté al guia, que todos estos nichos de la fachada están vacíos?—Antiguamente, me respondió, esos nichos contenian las estatuas de los condes y condesas de Flandes, en número de 55, todas de piedras pintadas y doradas, segun la costumbre de aquel tiempo, pero en diciembre de 1792 las tropas revolucionarias francesas mandaron bajar todas estas representaciones de tiranos, lo mismo que las armas que decoraban los espacios intermedios de las ventanas; y hechas pedazos, y mezclados sus fragmentos con los de la horca, la rueda y el garrote, hicieron de todo una grande hoguera, y obligaron al verdugo Pedro Boskin á ponerlo fuego.»

Callé, y seguimos al *Palacio del Justicia*, donde hoy están el jurado y el tribunal de policia. Otra jóven *bruja*, por cierto de aquellas de quienes decia Tirabeque que no tendria inconveniente en dejarse embrujar, nos salió al encuentro con un manojito de llaves. Merece bien la pena de ser visitado el interior del palacio de Justicia, por admirar la obra maestra de escultura en madera, la obra con la cual en el comun sentir no hay otra en el mundo que pueda entrar en cotejo, y cuyo autor desgraciadamente se ignora. Está en la sala que llaman de la chimenea, y constituyen las estatuas, del grandor casi natural, de *Cárlos V* que ocupa el medio, de Maximiliano y Maria de Borgoña que tiene á su izquierda, y de *Cárlos el Atrevido* y Margarita de Inglaterra que están á su derecha. Detras se ven los escudos de armas de España, de Borgoña, de Flandes, de Inglaterra y otros: y en un nicho á la espalda de *Cárlos V* unos medallones con los retratos de Felipe el Hermoso, su padre, y de Juana de España su madre.

De allí nos dirigimos á la *capilla de la sangre*, que está en frente, y que con el *Hotel de Ville* y el *Palacio de Justicia* forman los tres ángulos de una plaza. Llamase así la capilla de San Basilio, porque en ella se hallan depositadas unas gotas de sangre de Jesucristo, llevadas de Jerusalem por Thierry de Alsaces. Tambien aquí nos recibió otra *bruja*, la cual nos llevó primero á una capilla baja, y despues á otra que está encima de esta, que es donde se halla la *sangre*, encerrada en una caja de plata dorada y adornada de piedras preciosas, y aun muchas de sus partes son de oro macizo. El peso total de la caja es de 769 onzas, yo manifesté deseos de ver la *sagrada sangre*, pero la muger me contestó con un signo negativo

tan ágrío y tan resuelto, que no parecia sino que queria acreditarnos por su gesto de horror al nombre de *sangre* que no era verdadera bruja.

El mejor campanario de Europa.

En algunos pueblos de Francia, en casi todos los de Bélgica, y en todos los de Holanda, hay en las torres de los templos y de otros edificios públicos lo que llaman *Carillons*, ó sea campanarios cuyas campanas de diferentes tamaños y sonidos están ingeniosa y artisticamente colocadas en escalas musicales, y cuyos martillos movidos por las puntas ó martinetes de un gran cilindro, producen con sus golpes sonatas armoniosas, que puestas en combinacion y en dependencia con la máquina del reloj de la torre, hace que en cada hora se oiga una música de campanas ruidosa y alegre y muchas veces agradable, pues algunos *carillons* tocan piezas de mucho mérito, y no es raro oír trozos de óperas muy buenos y de mucha ejecucion.

Pero el mejor que se conoce en Europa es el de la *Tour des Halles* (torre del Mercado ó de la Alhóndiga) de Brujas, que nos llevó á ver nuestro guia desde la *Capilla de la sangre*.

Si el mundo ha de perecer por fuego, como se supone, yo creo que el fin del mundo vá á principiar por esta célebre torre, porque tal lo hace sospechar su azarosa historia. En su principio fué de madera y contenia los privilegios de la ciudad; un incendio la redujo á cenizas en 1280. Se hizo nuevamente de ladrillo, y nuevamente la abrasó un rayo en 1493; se volvió á levantar de nuevo y en 1741 volvió á ser presa de las llamas. Ultimamente se volvió á reedificar en el estado en que hoy se conserva, hasta que Dios, que es el dueño del fuego como del agua, sea servido. Sobre esta torre dicen que estaba el dragon de bronce dorado del *Beffroi* de Gante, y de aquí dicen que le robaron los ganteses. Bien dormidos debian estar los brujenses para dejarse llevar el dijecillo.

El *commisionaire* nos invitó á subir á la torre. Tirabeque bien lo sentia, porque la mediacon los ojos, y si no geométricamente, calculaba á su manera la altura *L* con la resistencia de las piernas *J* y *H*. Pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver de cerca el célebre *carillon*, y decreté la subida. ¡Vamos que 402 escalones son capaces de fatigar los ambulatorios mas sanos y robustos! Así no era extraño que mi pobre lego tuviera que pararse tres ó cuatro veces á tomar aliento y descansar. Mas todo lo dió despues por bien empleado por el gusto de ver las 48 campanas, y sobre todo aquel magnifico y estupendo cilindro de cobre de 19.966 libras de peso, con sus 30.300 piezas ó martinetes para levantar los martillos, las cuales producen numerosas y muy variadas sonatas, es la mayor atrocidad filarmónica que he visto.

Ademas de los aires y tocatas de cada hora, lo cual hace que continuamente estésonando en los oídos música de campanas, se tocan separadamente tres veces por semana; y este egercicio dá origen á certámenes facultativos entre los campaneros, sobre quién posee mas conocimientos filarmónicos y tiene mas ejecucion en la música cimbalaria, y ganan tambien sus premios como pudieran ganarse en cualquiera sociedad musical.

Hay otra cosa todavia. Desde 1521 se acordó que en esta torre se hiciese la señal de los incendios, ó se tocase á fuego cada vez que este ocurriese. Con este objeto hay siempre y de continuo en la torre, cuatro guardianes ó vigías, que se relevan como los centinelas militares; y para que el pueblo pueda descansar en su vigilancia y confiar en que no se duermen, tienen la obligacion de tocar la trompeta á cada hora. De forma que entre la trompeta y las campanas, y las campanas y la trompeta, es una gloria el ruido y la alegría musical de torre que divierte los oídos á todas horas en Brujas.

Nuestra señora y su gallo.

No siempre la idea del gallo ha de venir asociada á la de Cristo por aquello de la Pasión: alguna vez ha de estar en relaciones con su santísima madre.

Es el caso que la iglesia de *nuestra Señora de Brujas* tiene una elevadísima torre, tan elevada que sirve de punto de dirección á los navegantes en el mar, á pesar de estar tres ó cuatro leguas apartada de la costa. Por cierto que tiene una ligera inclinación hacia el sur, no tanta como la *Torre Nueva* de Zaragoza, pero lo bastante para que costara la vida al arquitecto constructor, que desesperado de haber cometido esta falta, dicen que se precipitó de lo alto de la torre, y no habiendo estado Dios de humor de hacer con él un milagro, cayó de modo que no volvió á hacer mas torres ni derechas ni torcidas, y su cuerpo descansa en la misma iglesia bajo una vieja lápida de piedra azul.

Pues bien, sobre la flecha ó aguja de esta torre se colocó en 1711 una veleta en forma de *gallo*, de 15 pies de longitud, con una cruz de hierro de la misma altura. Cuéntase, pues, que un carpintero de Brujas llamado *Stevens*, conocido por su valor é intrepidez, se halló ausente de la ciudad al tiempo que se ejecutó este trabajo. Cuando regresó, sus compañeros empezaron á bromearle achacando la ausencia á miedo de que le hubieran encargado la arriesgada operación de colocar el *Gallo*.

Picado el buen *Stevens* de las chufletas de sus amigos, determinó darles un solemne mentís. Y un día, después de encomendar su alma á Dios y de encargar á su mujer que rogara por él, toma un manojo de cuerdas, se encamina á la torre, y sube hasta su última abertura, distante todavía 45 pies de la veleta. Cíñese las cuerdas al rededor del cuerpo, las vá atando sucesivamente á las puntas salientes del canastillo que formaban las guarniciones de la aguja, y de este modo se encaramó hasta sentar el pie sobre la base de la veleta. Todavía no basta esto á su audacia; aspira á dominar el *gallo*, y llega en efecto á ponerse á caballo sobre el ave gigantesca.

A este tiempo cambia el aire; la veleta describe rápidamente un inmenso círculo, y el pobre carpintero se cree ya volando por los espacios. A pesar de esto no pierde la serenidad. Aguarda con frescura á que cese el viento para prepararse á descender. Pero el viento arrecia. El pueblo se apercebe del suceso; ve al pobre *Stevens* batallando con la ventisca allá en las nubes, y empieza á dirigir votos y oraciones al Dios de las alturas para que le dé un descenso feliz.

Efectivamente, fuese su sangre fría, ó fuese que Dios quiso demostrar hasta donde llegaba su omnipotencia con un carpintero temerario, lo cierto es que tuvo la fortuna de ganar otra vez la tronera de donde habia salido; baja indemne de la torre, recíbele al pie de la iglesia una inmensa muchedumbre que le estaba esperando, y es llevado en triunfo y entre aclamaciones á su casa. Murió *Stevens* en 1746.

Esta es la historia del *Gallo de Nuestra Señora de Brujas*, que tambien parece cosa de brujería.

La Virgen de Miguel Angel.

Mucho y exquisito mármol, y muchas y excelentes pinturas de los mejores artistas de la escuela flamenca, es lo que en la iglesia de *Nuestra Señora*, como en otros muchos templos de Flandes, encontrará el viagero.

Hay sin embargo en *Notre-Dame de Bruges* una alhaja digna de especial mención, que es una estatua de la Virgen con el niño Jesus, obra del célebre Miguel Angel. La cabeza de la Virgen respira toda la belleza italiana, belleza musculosa y atrevida, que se estraña entre las fi-

sono mias del Norte y bajo la influencia de la atmósfera flamea. El niño tiene una espresión delicadísima y encantadora. Las manos de las dos figuras son admirables, y los vestidos de la Virgen están ejecutados con una delicadeza y una maestría que casi hacen dudar si aquello es tela ó es mármol. Horas enteras se lleva uno contemplando aquella Virgen.

En otro altar del trascoro hay otra Virgen de mármol blanco, que parece haberse puesto para que haga resaltar mas las perfecciones de la del célebre Toscano. Así es que el curioso observador anda por un buen rato en continuo ejercicio de la segunda capilla de la nave transversal al trascoro, y del trascoro á la nave transversal, siempre comparando, y admirando siempre y cada vez mas la obra del italiano escultor.

Cárlos el Temerario.

Ya nos habian informado que en aquel templo se hallaban las tumbas de *Cárlos el Temerario* y de su hija la *Archiduquesa Maria*, y aun las habiamos visto por fuera de la reja en la capilla contigua á la sacristía cubiertas con dos cajas de madera. Monumentos eran estos que yo no hubiera dejado de ver á cualquiera costa.

Aun se divisaba luz en la sacristía, y nos dirigimos allá. No estaba el capellan que tenia las llaves de la capilla, y aun nos manifestaron los sacristanes la dificultad de que nos fueran enseñadas las tumbas de noche. Pero esta dificultad no desesperaba yo vencerla con el conocimiento que del valor de los francos me habian hecho adquirir ya los viages, y pedi las señas de la casa del capellan. Dadas que me fueron, me dediqué á buscarle; pero no estaba en casa. A la media hora envié á Pelegrin, y tampoco. Pero yo tenia capricho de ver aquella noche la tumba de *Cárlos el Temerario*, y me empeñé en obrar á lo temerario ó á lo aragonés: al cuarto de hora volví yo mismo á su casa, y tuve la fortuna de encontrar al capellan clavijero. Le manifesté mi objeto, me puso las dificultades que yo esperaba, y las vencí tambien por el medio que esperaba.

Salimos juntos en dirección de *Nuestra Señora*, entramos en la sacristía, manda encender luces, y étenos en la capilla de *Cárlos el Temerario* con un numeroso acompañamiento de antorchas y sacristanes. Alzanse las cubiertas, y se presentan á nuestros ojos los dos magníficos mausoleos. No digo cinco francos, sino cincuenta hubiera dado de buena gana por ver aquellos soberbios sepulcros. Ambos son de bronce dorado.

«Ved, nos dijo el capellan; esta estatua de cobre dorado á fuego, que representa una hermosa jóven acostada sobre su tumba, las manos juntas y los pies apoyados sobre dos perritos, es la *archiduquesa Maria*. Ella murió el 27 de marzo de 1482 de edad de 25 años. Había salido á caza de garzas reales á las inmediaciones de Brujas, se le desbocó el caballo, y la estrelló contra un árbol. Se hallaba en cinta: el pudor la retrajo de declarar su mal, y una fiebre ardiente seguida de la gangrena, la llevó al sepulcro con universal amargura de todos sus súbditos que la adoraban. Este monumento escude á cuanto se conoce en su género; ¡desgracia que no haya llegado á nosotros el nombre del autor! La lápida en que descansa la estatua es de piedra de toque.

«Ved estas figuritas cinceladas que rodean la tumba: reparad su espresión; ¡Oh! ellas parece que están animadas. Los ramos que sostienen, y de los cuales veis que uno sube y otro baja, son el árbol genealógico de los ascendientes paternos y maternos de la princesa, cada uno con su escudo de esmalte.

«Esta otra es la de su padre *Cárlos el Temerario*, muerto en la batalla de Nancy contra Renato duque de Lorena. Su descendiente el emperador *Cárlos V*, hizo trasladar sus cenizas que reposaban en la iglesia de San Jor-

ge de Nancy, y Felipe II de España mandó construir para ellas una tumba semejante á la de su hija. Ved, pues, su estatua; separados están su casco y sus manoplas; tomadlas en la mano si gustais.

«Reconozco, le dije, en su semblante, el carácter violento del guerrero; los rasgos de su fisonomía me revelan al implacable enemigo de Luis XI, al terror de la Francia, al atrevido, al fiero, al temerario b rgoñon.»

«Y agolpáronse seguidamente en mi imaginación las amorosas escenas y estrañas aventuras de *Cárlos el Temerario* entre las negras rocas y espesos bosques de la antigua Helvecia, que tan bellamente nos pinta la florida pluma del vizconde de Arlincourt en su *Solitario del Monte Salvage*.

Ya me representaba al ilustre muerto cuando en el silencio de la noche seguía los pasos á la hermosa y tierna Elodia por los callados claustros de la abadía solitaria de Underlach. Ya me parecía estar oyendo su voz cuando con fatídico y misterioso acento le decía: «Huye, tierna flor del valle: es contagioso mi aliento y precursora de la muerte mi presencia. Paloma del monasterio, guárdate del *Pico terrible*; huye del *Monte Salvage*.» Ya me figuraba estarle viendo en el sotillo mortuario de Herstatt, con el manto trapeado como la vestidura de los Césares, batiendo su desgredado cabello sobre su frente varonil y descubierta, recostado en el árbol de los mausoleos. Ya recordaba los pavorosos avisos de la *Fantasma Sangrienta* y las sombrías apariciones del *Osario de Morat*, y ya en fin me representaba á la tímida virgen de la Helvecia arrodillada ante las aras de la capilla de Underlach, al tiempo de ir á enlazar su mano pura como la inocencia, con la mano ensangrentada del terrible guerrero; y parecía resonar en mis oídos el zumbido estrepitoso del rayo mezclado con las terribles palabras del padre Auselmo: «Asesino de San Mauro! ¿Cómo te atreves á presentar en el altar del Señor tu ensangrentada mano á la hija de tu víctima? ¡Sacrilego guerrero! escucha, ¿no oyes los gritos de todos los religiosos de este monasterio degollados en el *Pico terrible*? Elevo aquí mi voz delante del Eterno: ¿sea anatematizado el hombre criminoso, sanguinario conquistador, asesino, sacrilego é impío! Caiga sobre *Cárlos el Temerario* el anatema! el anatema!»

Cuando el Temerario de Francia, Napoleon, yendo en compañía de la emperatriz Maria Luisa, visitó aquellas tumbas, hizo un espresion de 10.000 francos con destino al ornato de la capilla.

Un tesoro en un hospital.

El *Hospital* es el de *San Juan* de Brujas; el *tesoro* es una pequeña galería de pinturas que encierra, y la cual ella por sí sola merecería bien un viaje desde España, no digo de parte de un profesor, sino aun de parte de un aficionado. Mucho bueno hay en aquello poco. Pero lo mejor, lo mas sobresaliente, lo esquisito son dos obras de *Hemling*, del famoso *Hemling*, natural de Brujas; de aquel calavera que por su mala chola se vió obligado á sentar plaza; y que siendo soldado, por su poca aprension salió herido, y tuvo que ir á curarse al hospital de San Juan; y que despues de curado, prefiriendo el uso de los pinceles al de las armas, se las supo arreglar de manera que prolongó la convalecencia por seis años, en cuyo tiempo pagó la hospitalidad en moneda de artista, en cuadros.

Pero vive Dios que la pagó mejor que si hubiera sido en oro puro, porque solo dos de ellos, *la Caja de Santa Ursula*, y el *Matrimonio místico de Santa Catalina*, valen un Potosí. El primero se enseña con mucho misterio por el guardian del hospicio, y á fé que lo merece bien. ¡Pero el segundo! Los pies de la Virgen sentada bajo un dosel, los cuales descansan sobre un tapiz, es cosa de echarles la mano para convencerse de que no son de carne y hueso. La verdad de las figuras escede á todo lo que uno pudiera esperar, y el vigor del colorido, despues de los siglos que por él han pasado, deja atrás á muchos cuadros modernos; y sin embargo *Hemling* no conoció el uso del óleo, inventado mucho tiempo despues por Van Dyck, es decir, que estos prodigios los hizo él con su mezcla de cola, goma y clara de huevo, que constituía el mordiente de sus tintas.

Nadie que entre en aquel hospital y pase por aquellos patios, ó por mejor decir, corrales, pensará encontrarse con este tesoro de pinturas.

M. LAFUENTE.

GLORIAS DE ESPAÑA.

ESPEDICION A LEVANTE.

I.

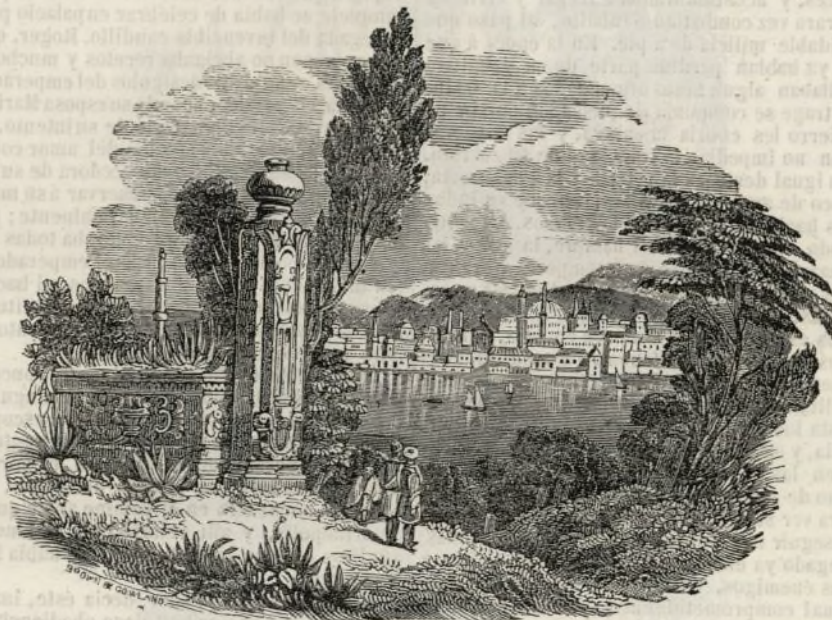
El vacilante trono de los emperadores griegos de Constantinopla se hallaba ocupado en 1510 por Andrónico, llamado Paleólogo. Constantinopla, aquella capital de la antigua civilización, habia perdido ya el esplendor que tuvo al ser la cuna del imperio de Oriente, y el emperador Andrónico, conservando los vicios de sus predecesores, no supo conservar su grandeza y poder. Desmembradas las vastas provincias de su imperio, sin que sus débiles habitantes pudiesen rechazar las repentinias invasiones de las belicosas hordas del Norte, agitado el recinto mismo de la corte por frecuentes y pér-

fidias conspiraciones, y amagando sobre todo los turcos por el Oriente, llegó el emperador Andrónico á verse en la critica situación de no poder siquiera mantenerse á la defensiva. Dirigió entonces su vista hácia aquellos estados de Europa, donde florecian por aquella época valientes guerreros y denodados campeones á quienes fuera glorioso acudir al socorro de un imperio mirado siempre como el baluarte de la cristiandad. No tenían, es verdad, los estados europeos, especialmente los que habian tomado parte en las guerras de las cruzadas, los mayores motivos de agradecimiento á los emperadores de Constantinopla; mas el sagaz Andrónico contaba por lo menos con atraer á sus intereses algunas de aquellas partidas de aventureros y tropas asalariadas, que en este concepto solian servir á diferentes principes: ninguna por entonces obtenia tanto renombre, como la formada de intrépidos catalanes y aragoneses que se habian hallado en las guerras de Sicilia. A estos indomables veteranos con el cebo de la ganancia, y á su caudillo valeroso

con el de la gloria, consiguió el emperador atraer á su servicio, con tanta mas facilidad, cuanto que apaciguadas las guerras de Sicilia, aquellos feroces soldados, mal avenidos con el ocio de la paz, habian buscado ocupacion análoga á su genio belicoso, dando en ser corsarios.

A consecuencia de esta resolución y luego que se estipularon las condiciones por una y otra parte, se hizo

á la vela la expedición catalana y aragonesa con d rección á Levante; muy contentos los españoles por ir precedidos de la fama de sus recientes victorias, á favorecer á un príncipe, antiguo aliado de sus soberanos en la península. Poco tiempo despues, los habitantes de Constantinopla vieron entrar en su anchuroso puerto llamado, *el Cuerno de oro*, una armada de treinta y ocho velas, de la



que desembarcaron con prontitud y órden como cuatro mil infantes y mil y quinientos caballos: corto refuerzo á la verdad para los peligros que amenazaban; pero de mucha importancia per la nombradía de aquellas tropas que habian ganado en Sicilia tantas victorias. Aquellos aguerridos veteranos, inmóviles y silenciosos, presentaban entonces sus imponentes masas á las tropas locales del emperador, que iban saliendo por las puertas de Constantinopla. En breve se vieron formados en la orilla del Bósforo y uno en frente de otro aquellos dos cuerpos, el de tropas griegas y el de sus auxiliares, ofreciendo tan nuevo como variado aspecto la mezcla de sus trages, armas y banderas. Distinguiase sobre todo al frente de los tercios catalanes y aragoneses, á su animoso caudillo *Roger de Flor* ó de *Brindis*, montado en un arrogante caballo de batalla, lo que juntamente con la colosal estatura de su persona y la erguida cimera que llevaba en el casco, le hacia sobresalir entre todas las tropas y ser bien distinguido por todas partes.

A un general de tanto renombre, no se desdeñó el emperador Andrónico de salir á recibirle en persona al frente de ambos ejércitos, y lo ejecutó de modo que pudiese sorprender á los estrangeros con toda la calculada pompa de su séquito, dándoles muy alta idea de la magnificencia del emperador á quien venian á servir. Apenas Roger le divisó, mandó á sus tropas que le hiciesen los debidos honores, y adelantando su caballo, echó pié á tierra á corta distancia del monarca para prestarle el debido acatamiento. Andrónico oyó entonces las nobles y

francas razones de un hombre á quien eran repugnantes la etiqueta y adulacion de la corte; pero ni se dió por sentido ni manifestó sorpresa al escucharlas. Presentó á Roger su sobrina Maria, hija de Azan, príncipe de los búlgaros, casado con una hermana de Andrónico, haciéndole entrever que aquella joven era la esposa que le estaba destinada, y haciéndole entrar á su lado en Constantinopla á vista del pueblo, que desde entonces empezó á mirar á Roger como al César, cuya sagrada persona tenia entre aquella gente el primer lugar y autoridad despues del emperador.

II.

Roger de Flor ó de Brindis, se habia educado desde muy joven en los campos de batalla, haciendo el aprendizaje de la guerra á el lado de su padre, á quien habia visto morir en la batalla de Manfredonia. Despues habia sido caballero templario, y vistiendo el hábito de esta órden, se distinguió con notables hazañas, particularmente en Tolemaida, cuando rendida la ciudad por los turcos, él supo retirarse salvo en un navio, librando muchos cristianos de la crueldad de los infieles. Estinguidos los templarios, peleó á favor de don Fadrique en las guerras de Sicilia, hasta dejarle pacífico poseedor de aquel reino, y con ayuda del agradecido monarca reunió la escuadra con que vino al socorro de Constantinopla. Apenas se de-

tubo en esta opulenta ciudad, é indiferente á los honores y atenciones que le dispensaban, pasó inmediatamente á el Asia con su intrépida hueste, formada casi en su totalidad de los belicosos *almogavares*.

Eran los *almogavares* unos feroces guerrilleros, cuyo origen se pierde en los primitivos tiempos de la monarquía española. Descendientes de aquellos súbditos del último rey de los godos, que huyeron á las montañas inaccesibles, por no sucumbir al yugo ominoso de los conquistadores de la España, sus costumbres eran selváticas y montaraces, y acostumbrados á trepar y vivir en las montañas, rara vez combatían á caballo, al paso que eran una formidable milicia de á pié. En la época á que nos referimos, ya habían perdido parte de su primitiva fiereza y se hallaban algun tanto organizados á la usanza militar. Su traje se componía de pieles sin curtir: un casquete de hierro les cubría la cabeza, y las albarcas que se calzaban no impedían la velocidad de su carrera. Manejaban con igual destreza la espada y la lanza corta, sirviéndose poco de armas arrojadas, porque su indomable valor les hacía venir pronto á las manos. Aguantaban de un modo extraordinario el hambre, la sed y las prolongadas marchas; dormían á la intemperie y eran en fin los hombres mas á propósito para expediciones remotas y aventuradas.

Apenas estos españoles se internaron en Asia, vencieron á los turcos en uno y otro encuentro y asegurando el imperio de Oriente por aquella parte, renovaron la fama de su valor militar. Llevaron los estandartes de Aragón y Cataluña hasta los mas remotos confines de la Natolia y de la Armenia, y cuando deshicieron al fin todo el poder de los turcos en las faldas del monte Tauro, franco les quedó el camino de Jerusalem, adonde los españoles querían llegar para ver si á ellos, tan pocos y fatigados, les era dado conseguir el piadoso intento de las cruzadas; pero habia llegado ya el momento en que mas que á los declarados enemigos, tenían que atender á su seguridad personal comprometida entre sus mismos aliados. Tantas victorias que debían haberles asegurado mas y mas el aprecio y gratitud del emperador, solo sirvieron, por desgracia, para indisponerle agriamente contra ellos.

Habíanse mejorado los catalanes y aragoneses, en sus expediciones al interior del Asia, de armas, caballos y otras preseas, despojos de sus enemigos, en términos que estaban mejor equipados que las mismas tropas del emperador. Esta circunstancia tenia disgustados á los griegos, que empezaron á aborrecer de muerte á los catalanes y aragoneses, que á la verdad, cuando no tenían enemigos con quienes pelear, solían cometer algunos desafueros. Origináronse de aquí frecuentes sediciones y contiendas entre la tropa, y en una que hubo muy reñida entre los *almogavares* y los alanos ó masagetas, quedó muerto un hijo de Georges, gefe de los alanos, el que desde entonces juró vengarse de Roger. Llegáronles tambien de refuerzo á los españoles, mil infantes escogidos y trescientos caballos, mandados por Berenguel Entenza, caballero catalán, con lo que ya no disimulaban el desprecio que hacían de los degenerados poseedores del imperio de Oriente. El emperador Andrónico miraba ya con mucho recelo á la tropa estrangera y á su caudillo Roger, acogiendo facilmente todas las acusaciones y pruebas aparentes que le presentaban cortesanos astutos, y envidiosos de la fortuna de aquel á quien habia hecho considerar como individuo de la familia imperial. Creyendo amenazada su vida y viendo alterado su imperio por aquellos belicosos estrangeros, deseaba proceder contra ellos; pero como eran demasiado formidables para declararse abiertamente, la prudencia, ó mas bien la pérdida política de la corte, aconsejaba esperar una ocasión favorable, que por desgracia no tardó en presentarse.

III.

Roger fué llamado á Andrinópolis, donde habia de tener una entrevista con el emperador Miguel, hijo de Andrónico, y se habia de celebrar un importante consejo de estado, con la mira secreta de obligar á Roger y á sus tropas á que reconociesen el feudo del imperio. Un régio banquete se habia de celebrar en palacio para solemnizar la llegada del invencible caudillo. Roger, que en el fondo de su corazón no abrigaba recelos y mucho menos sospechaba los vengativos designios del emperador y su hijo, se disponía á la partida, cuando su esposa María trató con ruegos y lágrimas de disuadirle de su intento. Podían ya mas en aquella muger los afectos del amor conyugal que los respetos de su familia, y conocedora de su perfidia é insidiosa política, trataba de preservar á su marido de un peligro que ella miraba como inminente; pero el noble y franco carácter de Roger rechazaba todas las sospechas.

—No es posible, decia, que el emperador quiera pagar tan malamente todos mis servicios, ni hacer que recaiga sobre su nombre la fea nota de la ingratitud. Si acaso hay sinrazon está de su parte, pues en cuanto á mi, no tiene falta que echarme en cara.

Firme, pues, en su resolucion, concentró todas sus tropas en Galipoli, donde quedó Berenguel Entenza con mil infantes y trescientos caballos escogidos, mientras que él con muy poca escolta, partió al punto de la reunion. Su amigo Berenguel, á quien los rumores que corrian, habian avisado ya el peligro de Roger, tuvo medio de salirle al encuentro en el camino antes que penetrase en Andrinópolis, y allí renovó con instancia las mismas súplicas que tan infructuosamente habia hecho la esposa de Roger.

—Mi deber y mi honor, decia éste, inalterable en su propósito, me prescriben ciega obediencia. ¿Queréis que vaya á sospechar del hombre que hasta ahora me ha colmado de beneficios?

—Ah! contestó Berenguel, que no son el emperador y su hijo tan esclavos como vos de las reglas del honor. A sus astutos cortesanos cualquiera pérdida estratagema les parece licita, con tal que asegure el logro de sus designios.

—Sean estos los que quieran, mi resolucion está tomada: ya es tarde para entretenerse en reflexiones.

—Resolveis tambien presentarlos en el festín?

—Cómo es posible no hacerlo?

—Id á lo menos, bien apercibido.

—Armas?... El ceremonial las aleja de la mesa imperial. Ademas, cualquier preparativo ó precaucion por mi parte seria lo que mejor confirmase las sospechas y autorizase demostraciones contra mi.

—Veo que no hay remedio: el cielo os proteja.

Prontos á separarse los dos esclarecidos gefes, y antes de reunirse Roger al escudero, que á respetuosa distancia le esperaba, emparejó su caballo con el de su amigo para estrecharle contra su pecho y despedirse de él en medio de las mas afectuosas y extraordinarias demostraciones de cariño, como si un secreto presentimiento le anunciase que aquella era la última vez que se abrazaban. Efectivamente, las reflexiones de su amigo no habian dejado de hacer alguna impresion en Roger, que le dijo con cierta espresion de tristeza:

—En todo caso un consuelo me queda.

—Y cuál?

—Que no moriré sin venganza.

—Oh! yo os lo juro, exclamó Berenguel, estrechando con entusiasmo la mano de su amigo, del que tuvo que separarse en aquel mismo instante.



IV.

En medio de los festejos con que se solemnizó la entrada de Roger en Andrinópolis, ya echó de ver que estaba sujeto á una activa vigilancia; y cuando se convenció de que los celos de su esposa y de sus generales no eran infundados, fué al hallarse solo dentro del palacio de los césares. El ceremonial de la corte prescribía que solamente personas señaladas y de la mas alta gerarquía penetrasen hasta el recinto en que se hallaba el emperador, sitio que los griegos miraban como sagrado. Todas las personas del séquito de Roger se fueron quedando por grados en los salones que hubo que atravesar, hasta encontrarse en el local donde estaba preparado el banquete. Fué este tan espléndido como era de costumbre en la mesa imperial, que adornada con el mayor gusto, presentaba los manjares mas esquisitos, servidos en rica vajilla de plata, y los vinos de aromática fragancia, en copas de oro cinceladas y resplandecientes. Reinaba sin embargo, en el festin una fría etiqueta y sério ceremonial que alejaban de los convidados toda demostración de franca alegría. Esta circunstancia y el ver las puertas de la sala guarnecidas de esclavos de cuya cintura pendían

gruesos sables, tenían pensativo á Roger y poco dispuesto á gustar los delicados manjares que ponían delante de él.

El emperador Miguel asistía á la mesa, y se puede decir que no comía en ella, por hallarse colocado en una especie de trono, correspondiente á una sección mas elevada de la superficie general de la misma mesa. No se escapaban estos y otros pormenores á la penetración de Roger, siendo causa de su inquietud y de su distracción durante la comida. De esta misma distracción se valió el hijo del emperador para dirigirle la palabra, ya hacia el fin del banquete, interpretándola como una muestra de su poco deseo de corresponder á las distinciones que le hacían, y añadiendo, que en el caso que su conducta fuese un efecto de queja, así su padre como él eran quienes debieran tenerla al ver la ingratitud con que eran correspondidos sus beneficios. Roger lleno de sorpresa, y no sabiendo en que sentido contestar al emperador, se limitó á decirle ignoraba á que aludiesen sus palabras, y que siendo estas una acusación contra él, esperaba no se sirviese repetirla sin presentar al menos las pruebas.

—Creo, contestó Miguel, dirigiendo una mirada de inteligencia á los demas comensales de su satisfacción, que no será indispensable esperar á que se reuna nuestro

gran consejo, para proporcionar á ese extranjero las pruebas que desea.

A una señal del emperador trajeron y colocaron delante de Roger una bandeja que no contenia mas que un pergamino escrito, medio desarrollado, y de el que pendia un sello particular. Roger tomó el pergamino que le presentaban y pasó por él la vista rápidamente: era un parte remitido al emperador Andrónico en que le noticiaban, que las guarniciones españolas, y muy particularmente la mandada por Roberto de Ricafort, despues de cometer mil escesos en las comarcas, habian dado ultimamente el grito de insurreccion. Se pintaban estos sucesos como efecto de los secretos desvelos de Roger para saciar la ambicion que le devoraba.

Levantóse Roger de pié derecho, ya arrebatado de indignacion, arrojó aquel mensaje sobre la mesa y vuelto hacia el heredero del trono, le dijo:

—No he tenido parte en esos sucesos y aun algunos los ignoraba. Si hubiere por ellos que culpar á alguna persona, será á vos y á vuestro padre que habeis desatendido las justas quejas de valientes soldados, que os habeis negado á darles el estipendio que les estaba prometido y que habeis alterado el valor de la moneda para hallar un pretesto legal á la perfidia.

—¿Así pretendes que recaiga sobre nosotros toda la odiosidad de tu conducta? ¿Juzgas que no son bien conocidos tus designios?... mas sabe, que antes perecerás que realizarlos. Advierte, que has caído en mis manos, y que de no sucumbir á lo que el bien del imperio exija de ti, no sabes la suerte que te espera.

—Sea esta la que quiera, resguardado con la tranquilidad de mi conciencia nada temo. Disposed de mi como gustéis; pero jamás lograreis nada contrario á las leyes del honor militar, ni que me humille á implorar perdon por agravios que es á mí á quien se me han hecho, y mucho menos que dé alguna muestra de flaqueza por temor de esa muerte con que me amenazais.

—Ah! que la muerte que tal vez te espera, no es la que vosotros los guerreros ansiáis: esa muerte gloriosa del campo de batalla, donde se perece con gloria lidiando con el enemigo. Encerrado en profundos calabozos, cuyas puertas jamás se abren á la luz del día, tardará tu muerte en venir aunque la llares, porque antes será preciso que puedas calcular sus agonias, privado de la vista por medio de hierros encendidos.

A pesar del valor acreditado de Roger, no pudo escuchar sin estremecerse la cruel amenaza del emperador, porque le creia capaz de ejecutarla. Adoptando entonces otro medio de defensa, exclamó:

—Emperador, yo soy un hombre libre y protesto contra toda violencia que se intente en mi persona. Soy ademas caudillo de hombres valientes y leales á su gefe, que sabrán vengar las afrentas que se le hagan.

Como al proferir estas amenazadoras palabras, se dirigiese hácia la puerta en ademan de salir de la estancia, el emperador hizo seña á los esclavos de que le cortasen el paso, temiendo fuese á promover alguna sedicion.

—Pronto, gritaba, hundidle en los calabozos subterráneos, y veamos si sus amigos acuden á librarle de la suerte que le tengo destinada.

Roger en tanto se habia desembarazado de los esclavos negros, á pesar de que habian sacado sus cimitarras; pero al tiempo de franquear la puerta, se precipitó con grande estrépito en la antesala toda la guardia de alanos, y al ver que venia mandada por George, no dudó Roger de que su muerte era tan cierta como premeditada. Viéndose acometido por todas partes, retrocedió y quiso guarecerse donde estaba la emperatriz; pero en aquel momento recibió una estocada por la espalda que le hizo caer á los pies de la princesa. Su muerte acaecida en 25 de abril de 1304, fué seguida del deguello general de los

catalanes y aragoneses que se hallaban diseminados en Andrinópolis, Constantinopla y toda la comarca de Galipoli.

V.

No es preciso continuar mucho la historia para ver consignados la justa venganza de la muerte de Roger y el castigo de la ingratitud y crueldad del emperador Andrónico y su hijo Miguel: ejemplos que no son los únicos que ofrece la historia, de las vicisitudes y mudanzas de la fortuna; pero que en ninguna época son tan repetidos como en la decadencia del imperio de Oriente. Pocos años despues, el mismo emperador Andrónico, fué privado prematuramente del trono por su nieto y sucesor, y desde la prision en que al principio fué sepultado, no salió hasta que vistiendo un hábito religioso fué á encerrarse en un convento, donde acabó sus dias implorando con prácticas de devocion la misericordia del cielo. Tal vez en las tinieblas de la prision ó en la soledad del claustro se renovarían en la memoria del triste emperador los mal pagados servicios de aquellos intrépidos españoles, á quienes si hubiera conservado en buena armonia junto á su persona, hubiera encontrado como el mas fuerte antemural del imperio. La rebelion del nieto del emperador no hubiera tenido efecto, si los catalanes y aragoneses no hubieran visto con placer, como los mismos vasallos de aquel ingrato monarca se apresuraban á tomar la venganza que á ellos les correspondia. Así es que, unos tomaron parte activa en la rebelion y otros la favorecian en secreto: Roberto de Ricafort y otros gefes que estaban de guarnicion en ciudades importantes se alzaron con el mando de ellas sin que nadie les fuese á la mano, y los almogavares, que se apoderaron despues, del ducado de Atenas, supieron conservarle durante muchos años contra propios y extraños.

Ninguno se distinguió tanto en su odio contra los griegos y en lo ruidoso de su venganza, como Berenguel Entenza. Cuando él y los almogavares que estaban en Galipoli supieron la muerte alevosa de su caudillo, el furor que de ellos se apoderó no era propio de hombres, sino de rabiosas fieras. Los almogavares lanzaron su acostumbrado grito de guerra: «despierta, hierro, despierta» sacudiendo sus espadas y lanzas contra los escudos y las piedras. En los primeros arrebatos de su cólera arremetieron á los vecinos de Galipoli, y cuentan los historiadores que no perdonaron sexo ni edad: fiera que si ha de tener alguna culpa, se encontraria en la perfidia de los que, á caso pensado habian hecho en ellos mayores crueldades; violando el derecho de gentes y faltando á todas las estipulaciones.

En los alanos ó masagetas hicieron los almogavares una carniceria horrible, cuando habiéndose separado aquellos del servicio del emperador Andrónico, fueron, sedientos de venganza á alcanzarlos á las faldas del monte Hemo. Los mismos almogavares derrotaron entre Apros y Cipsela las tropas del emperador Miguel, que á duras penas pudo escapar de la batalla. Habíase dirigido contra un caballero español, que por sus armas y adornos parecia ser gefe de alta importancia; pero aquel ginete, que era un simple marinero catalan, al que su buena suerte habia deparado aquel lujoso trage, recibió valientemente al hijo del emperador y á golpes de maza, le hizo trizas el escudo, le hirió en el rostro y le derribó á los pies del caballo, de donde le sacaron al cabo los suyos.

Lo mas notable en estos hechos fué el que sitiado en Galipoli Berenguel Entenza y teniéndose su ruina por segura, él halló medio de salir de la ciudad, dejándola cual si no se hallase amenazada, y taló con su escuadra



las marinas, derrotó en tierra á las tropas del emperador, puso en consternación á Constantinopla y no se apartó de aquellas costas, hasta que juzgó estaban suficientemente aplacados los manes de su ilustre amigo, á quienes había jurado una implacable venganza.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS HISTORICOS.

LA HUÉRFANA DE GANTE.

(SEGUNDA PARTE.)

IV.

Cristian.

Cristian, que desde la admisión de Ians Crumbbrugge, había mostrado tanto odio contra este último, hacia cerca de cuatro meses que vivía en Berghen. Uno de los mas ricos negociantes de la ansa le había presentado á las

diferentes corporaciones de obreros, para que fuese recibido en todas ellas; las personas ricas y destinadas á ejercer en grande el comercio, obraban siempre de este modo.

Esperábase, pues, ver á Cristian pasar con rapidez el grado de oficial y aspirar al de maestro. Pero con sorpresa general, una vez admitido en la corporación de los tegedores, estacionóse en ella como si no hubiese querido pasar adelante. Notóse en sus maneras un cambio total y repentino. Al llegar á Berghen, á pesar del trage y de los modales de artesano que tanto afectaba, había prodigado el oro á manos llenas, de modo que hizo fáciles, y por decirlo así, puramente de fórmula, las pruebas del noviciado. No solamente no le obligaron á fabricar en presencia

de los síndicos su tela de recepción, sino que en lugar de ahumarlo, de arrojarlo al mar, y de azotarlo, contentáronse con sentarlo en la silla volante, mojarle los pies en el agua, y dejar caer suavemente los látigos sobre sus hombros, sin causarle el menor dolor. Todos creyeron que se asociaría con el negociante danés que le había servido de padrino; pero lejos de eso tomó su mandil, abrió un taller de tegedor, y como los demás obreros, comió en el meson de la madre de la corporación, la señora Siegbrit Willems.

Si se fabricaban telas en el taller de Cristian, eran la obra de sus aprendices y no la suya, pues veíanle sin cesar fuera de su casa: la única manera de encontrarle era dirigirse al figón de la vieja mesonera. Empero no iba como unos de sus compañeros, para beber y entregarse á escesos. Al contrario, Cristian se mostraba sóbrio, y hasta parecía evitar las ocasiones de participar de las calaveradas de sus camaradas; no podían acusarlo sino de pereza. Todos se admiraban en la ciudad de la manera con que hacia su comercio; daba á sus aprendices un salario doble del precio ordinario, y vendía siempre sus mercaderías más baratas que sus compañeros. Sin embargo, lo que hubiera arruinado á cualquiera otro, parecía aumentar sus riquezas; jamás le faltaba el dinero, y sus almacenes estaban siempre llenos de mercancías, á pesar de que no siendo jamás vigilados los obreros que empleaba en su casa, holgaban más que trabajaban.

Semejante conducta escitó en el mas alto punto la curiosidad de aquellos honrados artesanos, afeitados exclusivamente por ganar con el sudor de su frente y con el trabajo de sus brazos, el lucro mas considerable posible. Esta conducta, pues, desconcertaba todas sus ideas, y les presentaba á Cristian como un loco, ó como un ladrón, tanto mas, cuanto que en aquella época, los robos, de que en todos tiempos eran víctimas los anseáticos, parecían ser mucho mas considerables. Hasta el día de la recepción de Ians, y de la indigna crueldad de Cristian con el novicio, solo se había hablado de estas sospechas en voz baja, pero entonces estallaron altamente y sin reserva, á impulsos de la indignación general.

—De dónde viene, y qué hace entre nosotros?

—Por qué la pereza le aprovecha mas que á nosotros el trabajo?

—Es menester obligarle á que dé cuenta de su conducta, como lo exigen los reglamentos del ansa.

—Es menester someterlo á un juicio delante del maestro y de los síndicos anseáticos.

—Sí, sí, al juicio!

—Al juicio, Cristian! gritaron por todas partes.

Estos gritos llegaron á ser tan enérgicos y unánimes que el maestro de la corporación, el anciano Jacob levantó en alto su gran baston blanco, simbolo de su grado.

A esta señal se descubrieron todos y callaron.

—Hay entre vosotros alguno que pida que sea juzgado Cristian?

—Todos, todos lo pedimos.

—Hay doce oficiales que pidan que sea juzgado Cristian, y afirmen sobre su conciencia que es justa, equitativa y útil esta medida?

Doce oficiales de los de mas edad salieron de las filas, se arrodillaron, y con la mano puesta sobre el pecho, pronunciaron solemnemente la fórmula que sigue:

—Por nuestra conciencia, y por nuestra parte de paraíso, decimos que estimamos justo y conveniente el someter á un juicio al oficial Cristian, y porque así lo exige el honor de la corporación anseática de tegedores.

El maestro plantó en el suelo su baston blanco, y dijo con voz grave y reposada:

—Está ya encausado Cristian! que comparezca mañana á esta misma hora.

Luego que el maestro pronunció esta sentencia, apareció delante del patio de la corporación de los tegedores un

carro adornado de follage y tirado por cuatro bueyes. El maestro seguido de dos síndicos, de dos oficiales y de dos aprendices, tomó á Ians Crumbbrugghe por la mano y lo condujo al carro, sobre el cual se colocaron de pie, oyéndose por todas partes el ruido de los clarines y de los vivas: los tegedores se organizaron de dos en dos, y el carro se puso en movimiento en medio de los gritos de:

—Viva Ians Crumbbrugghe!

Después de haber recorrido, según costumbre, los diferentes barrios de la ciudad, la procesion se dirigió al meson de Siegbrit, donde se hallaba servido bajo un inmenso soportal, destinado á este uso, el banquete de recepción. En el momento en que los individuos de la ansa tomaban asiento, vieron con tanta sorpresa como indignación entrar á Cristian y sentarse á la mesa con aire altanero y provocativo. Al ver semejante acto de insolencia nadie pudo contenerse, y todos á una voz gritaron que se saliese.

—Desde cuándo los individuos de la ansa de los tegedores desprecian el privilegio que ellos conceden? dijo Cristian sin alterarse y sin manifestar la menor emocion. Por ventura un acusado es un condenado? Me habeis sometido á un juicio, enhorabuena; pero hasta que no deis la sentencia estoy inocente. Ola! mi hermosa Duyvecke, mi encantadora paloma de pico de rosa, dadme de beber y viva la alegría!

Y alargó su vaso á la hermosa jóven, que obedeció ruborizándose: llenó hasta los bordes el gran vaso de estaño, y Cristian lo vació de un solo trago.

—Viva la ansa de los tegedores, dijo, y vivan las acusaciones que hace!.....

Semejante conducta no era la mas á propósito para calmar los espíritus y ahuyentar el descontento; un murmullo sordo y siniestro recorrió toda la mesa, y mas de una mirada brillando con el fuego de la cólera se lanzó sobre el imprudente que desafiaba la corporación.

Cristian aparentó no observar ni oír nada. Durante toda la comida no cesó de comer, de chancearse y de beber, de modo que cuando ya se concluía el banquete, su cara estaba notablemente enrojecida y hablaba muy alto, anunciando todo en él, una grande exaltación. Cuando el maestro dió tres golpes con su cuchillo en la mesa y se levantó, los demás convidados le imitaron, y solo Cristian se quedó perezosamente repantigado en su silla, siendo preciso que el maestro le mandara espresamente que se pusiera de pie.

Compañeros, dijo el anciano que presidia el festin, vamos á beber á la salud de nuestro nuevo hermano Ians Crumbbrugghe, que ha sufrido las pruebas de nuestra ansa, y probado que es hombre de bien, hábil tegedor y valiente. A la salud de nuestro hermano Ians Crumbbrugghe!

En medio de las aclamaciones generales, y de los brindis dirigidos á Ians, oyóse un ruido sordo; era un vaso arrojado contra la pared que la manchó toda de vino.

—Yo no bebo sino á salud de mis amigos, exclamó Cristian, añadiendo este nuevo insulto al que ya tenia hecho.

Indignado Ians por esta animadversión que en manera alguna habia provocado, cogió entre sus brazos á Cristian, y con un movimiento que revelaba una fuerza sobrenatural, lo derribó sobre la mesa encima de los platos y de los vasos. Aplausos, carcajadas y sarcasmos contra Cristian acogieron su grotesca caída.

Levantóse con la cara llena de vino y sus vestidos manchados. Los mas atrevidos se estremecieron al ver la impresion de rabia que descomponia sus facciones. Cristian dirigió en torno suyo miradas amenazadoras; después, de un solo brinco como un tigre, se lanzó sobre Ians; pero este le esperaba con valor, le agarró el brazo y arrojó de sus manos el puñal con que se disponia á herirle.

—Gracias, compañero, dijo Ians con sangre fría,

no tenia mondadientes y tú me proporcionas uno.

Sin soltar de su puño de hierro el brazo que apretaba, disponiase á castigar terriblemente la insolencia de Cristian, cuando de repente vió á Duyvecke pálida y próxima á desmayarse. Al punto soltó á Cristian y le dijo:

—Camarada, el vino nos ha calentado demasiado la cabeza, y nuestros juegos son yapesados. Las muchachas se espantan con ellos, nuestros compañeros los tienen por ridículos y podría creerse que no nos chanceáramos.

Cristian sin responder, no comprendiendo tal vez la conducta generosa de Ians, salió de la asamblea, tan justamente exasperada contra él.

Así es que al siguiente día muy de mañana se reunieron todos los tegedores para juzgar á Cristian.

El maestro y los sindicatos habian ya tomado asiento en medio del círculo de los tegedores, y largo tiempo hacia que habia pasado la hora indicada para la audiencia, y aun Cristian no parecia. El maestro mandó que se hicieran los tres llamamientos de costumbre.

—Si el acusado, dijo, no se presenta despues de la tercera intimacion, se borrará su nombre de nuestros registros, nadie de nosotros comprará, ni venderá, ni fabricará con él; se le prohibirá el uso del agua y el fuego en todos los pueblos anseáticos, y deberá salir inmediatamente bajo la pena de azotes.

—Cristian! compareced delante de la ansa, gritó el primer sindico.

Nadie contestó.

—Cristian! compareced delante de la ansa, dijo el segundo sindico.

—Nadie acudió; el tercer sindico se levantó y dijo: Cristian, compareced delante de la ansa.

El mismo silencio. El maestro se levantaba ya para pronunciar la interdicion, cuando vieron llegar á Cristian.

—Qué me quieren? dijo este sonriendo con insolencia. De qué me acusan?

—Se os acusa, contestó el maestro con voz grave, de gastar mas de lo que ganais, y de guardar una conducta que puede desacreditar á la ansa de los tegedores, á la cual pertenecéis.

—No es mas que eso, señores? Os hubieseis ahorrado el trabajo y la molestia de reuniros, perdiendo todo un día de trabajo por tan poca cosa, si se os hubiera ocurrido preguntármelo antes. Vendo al precio que me acomoda, y si pago generosamente á mis aprendices, no por eso merezco censura. Verdad es que nada gano, pero tampoco pierdo, ahí está todo; mis libros de comercio lo probarán en caso de necesidad. Vendo los géneros al mismo precio que me cuestan. Quédame solo por esplicaros como proveo á mis gastos: mirad este despacho firmado por mi soberano Cristian II rey de Dinamarca, concediéndome una pension de mil piezas de oro por año, por todo el tiempo que permanezca en la ciudad de Berghen para perfeccionarme en mi profesion de tegedor. Estais satisfechos ahora? Otra vez no seais tan ligeros en sospechar de un honrado artesano y hacerle perder su tiempo con semejantes bagatelas.

El maestro se inclinó hacia los sindicatos despues de un momento de deliberacion.

—Hermano Cristian, la ansa acepta vuestra justificacion, la declara buena y válida, y anula la acusacion que pesa sobre vos. Sin embargo, os queda todavía que recibir una reprimenda y responder á nuestras reconvenciones. Por qué os mostrais mal hermano y compañero desleal con nuestro nuevo camarada Ians Crumbrugge? Qué motivos de odio y de animosidad alimentais contra él?

Al oír el nombre de Ians quedóse lívido Cristian y tomó una espresion marcada de odio.

—Este es mi secreto: permitidme que no le revele,

añadió con ironía. No creo que sea necesario que un individuo de la ansa confiese en público, y á cualquiera que se lo pregunte, los motivos de sus simpatías y de sus antipatías.

—No, pero la ansa no quiere que ninguno de sus individuos aborrezca á otro. Nuestra primera ley es la confraternidad entre todos. No nos debemos proteccion, ayuda y amor los unos á los otros? Cómo podriais socorrer á Ians, si necesitara de vos, cuando su nombre solo os hace palidecer y cerrar los puños con cólera? Deponed, pues, esos sentimientos indignos de un cristiano y de un anseático; abrazad á Ians, y sed para con él un amigo leal y franco.

—Jamás!

Ians se adelantó al medio de la asamblea.

—Tal vez Cristian no se negará á decirme en secreto el motivo de este odio, porque, y lo juro por la memoria de mi padre, ignoro en qué he podido ofenderle.

—Adelántate y lo sabrás, respondió Cristian inclinándose hacia Ians y diciéndole algunas palabras al oído. Ians al oírle se puso pálido como un difunto; sin responder, turbado y con los ojos llenos de lágrimas salió pareciendo haber recibido un golpe mortal.

—Ea, señores, exclamó alegremente Cristian. Ahí tenéis á vuestro protegido, al que tanto preferis, que huye desesperado, y abriga ahora en su corazon un odio hacia mi igual al que yo le he profesado! Hay todavía alguna nueva prueba á que querais someterme?

El maestro se aproximó á los sindicatos y deliberó algun tiempo con ellos en voz baja.

—Cristian de Copenhague, escuchad, dijo el anciano, hé aquí lo que yo, maestro de la ansa de los tegedores, he decidido, despues de haber oído el parecer y recibido el asentimiento de los sindicatos.

La ansa no debe contar entre sus miembros sino amigos y hermanos. Vos turbais la amistad y la armonía que reinan entre nosotros, y os negais á deponer vuestros rencores; la ansa os ha declarado y os declara espulsado de su seno.

Cristian soltó una estrepitosa carcajada.

—Teneis razon, señores, ya es tiempo de poner término á la ridícula farsa que he representado aquí hace ocho meses. Yo creia que eran cosas formales vuestras mogigangas de la ansa: todo esto es demasiado absurdo para que un hombre de sana razon pueda darle la menor importancia. Al diablo la sociedad y los socios!

—La ansa os manda que dejéis hoy mismo la ciudad de Berghen, y os prohíbe que habiteis ninguna de las ciudades anseáticas.

—Si, eh! lo decis de veras? pues tened entendido que marcharé si me viene en gana....pero tranquilizaos, por que quiero marcharme. Solo os encargo que tengais muy presentes mis palabras: antes de pocos dias os arrepentireis amargamente de lo que acabais de hacer. Si, si; borrad de vuestros registros mi nombre, arrancad la hoja que menciona mi admision entre vosotros, lágrimas de desesperacion habeis de derramar por no haber respetado esta página. Escuchadme bien: antes de un mes me vengaré de vosotros, como acabo de vengarme ahora mismo de ese Ians Crumbrugge; venganza, que me vale vuestras estúpidas injurias. Adios, bendigaos el diablo!

Arrancó los cordones azules de su mandil de tegedor, símbolo de la asociacion anseática y los arrojó al suelo. Muchos obreros quisieron lanzarse sobre él para castigarle por este ultraje, pero el maestro los detuvo diciendo:

—El reglamento anseático manda que se conceda al individuo espulsado de la corporacion doce horas libres, durante las cuales nadie tocará á su cuerpo ni á su casa: dejad en paz al espulsado.

Despues de haber oído las palabras que Cristian le habia dicho al oído, Ians Crumbrugge salió precipitado.

mente de la ansa y se dirigió á la casa de la madre Siegbrit. Hallábase ésta sentada en el banco de piedra que había en la calle al lado de la puerta, y sumergida en meditaciones tan profundas que no oyó ni vió llegar al jóven tegedor.

—Madre! le gritó, madre!

Entonces se levantó precipitadamente como dispuesta á huir, pero volvió á sentarse al momento, pasando sus manos enjutas por su rostro y diciendo á Ians:

—He creído ver á tu padre, jóven, tu padre en quien yo pensaba. —Pero de donde proceden ¡virgen santa! la palidez de tu rostro y las lágrimas que bañan tus mejillas? Qué desgracia te aflige, hijo mio?

—Os acordáis, Siegbrit, de las palabras que me habeis dicho, y de las promesas que me habeis hecho hace seis meses, aquí, en este mismo sitio donde nos hallamos? no las habeis olvidado! no es verdad? Yo miraba á Duyvecke y vos me llamásteis á vuestro lado.

—Ians, me preguntásteis muy quedo, no crees tú que Duyvecke hará tan feliz á su marido, que es imposible que quede odio ni venganza en el corazón de este marido?

Por obtener el amor de Duyvecke, os contesté, perdonaría á los asesinos de mi padre.

Entonces cogisteis mi mano y me dijisteis:

Ians Crumbrugghe, oiga Dios tu promesa, y sé el esposo de Duyvecke.

Gracias, madre, añadí; gracias y bendígaos Dios en este mundo y en el otro!

En seguida, de repente, un pensamiento de desesperación alteró mi felicidad.

Duyvecke no me ama, añadí; el corazón de Duyvecke pertenece quizás á otro.

El corazón de Duyvecke no pertenece á nadie, respondisteis; cuando diga á esta dulce y tímida paloma: ama al que tu abuela te dá por esposo, Duyvecke le amará.

Entonces os interrumpí diciendo: pues bien, no le deis esta orden, pero permitidme que procure alcanzar la ternura de Duyvecke.

—Ians, todos esos pormenores son exactos, pero adonde vas á parar?

—Adonde voy á parar, Siegbrit? Y me lo preguntais con esa calma y con esa serenidad, vos que me habeis cruelmente engañado! Duyvecke ama á otro.

—No es posible! Leo los pensamientos de mi hijaco me Dios en el corazón de todos los hombres, lo que dices es falso.

—Pues bien, desmentid al que ahora mismo me ha dicho: «Duyvecke me ama;» desmentid á Cristian.

—Si me hubiese desobedecido Duyvecke, exclamó Siegbrit: si por ventura..., pero no, esto no es posible.

En este momento apareció Duyvecke en el umbral del meson.

—Lo que os ha dicho Ians es cierto, madre mia, he cambiado un anillo nupcial con Cristian, y es mi prometido.

—Desgraciada! me has desobedecido!

—No os he desobedecido, madre mia, porque si me hubiésteis hablado de vuestros proyectos y del amor de Ians, os hubiera contestado: mi corazón es de otro.

—Jamás serás la mujer de Cristian.

—Jamás he desobedecido á mi abuela, pero no sabré faltar á mi promesa. Si os negais entregarme por mujer á Cristian, le amaré hasta el día de mi muerte, y nos casaremos en el cielo.

—Lo mismo que su madre! quiere desobedecerme como su madre. Pues bien, maldición sobre ella como sobre Margarita! Oh! Dios mio! que severa es vuestra justicia! He perdido mi alma por esta niña, y he aquí que me desobedece.

—Madre Siegbrit, interrumpió Crumbrugghe, os habia perdonado por el amor de Duyvecke la parte que habiais tenido en la ruina de mi padre. Os repito todavia este perdon, aunque hayais sido la que ha abierto el abismo fatal en el cual ha perecido. Soy cristiano y debo perdonar las ofensas para que Dios me perdone algun día.



Duyvecke conmovida le alargó la mano.

Conozco que no tardaré en comparecer á su presencia; necesito olvidar los resentimientos terrestres á fin de hallar un puesto al lado de mi padre en el paraíso. En cuanto á Duyvecke, mi corazón no abriga el menor resentimiento contra ella. Ojalá sea feliz y llegue á ser la mujer de Cristian! Yo solo le pido una gracia, y es, que lleve siempre en su dedo, como un recuerdo del pobrelans, este anillo de oro que me dió mi madre! Y ahora adios para siempre! Voy á partir ahora mismo para los Países Bajos donde me espera mi madre.

Duyvecke conmovida le alargó la mano. Ians la llevaba á sus labios cuando de repente cayó ensangrentado á los pies de la pobre niña. Una puñalada de Cristian había atravesado el brazo del tegedor flamenco.

Siegbrit mas pronta que el rayo se abalanzó á Cristian y lo derribó al suelo.

—Muerte al asesino! exclamó reconociendo el puñal que había quedado en la herida de Ians.

Este se levantó, y cogiendo la mano de Siegbrit le impidió que hiriera á Cristian.

—No mas sangre, dijo; basta la mia; solo he recibido un rasguño; levantaos, Cristian, y pedid perdón á Duyvecke á quien habeis insultado. Duyvecke os ama; por vos solo ha arrojado la cólera de su abuela; si beso su mano, es porque voy á separarme para siempre de ella. Parto para los Países Bajos.

—No es necesario que dejes á Berghen para que nos separemos, Ians. Yo soy quien voy á partir con mi desposada y Siegbrit.

—No quiero seguir á un aventurero y dejar por él la fortuna que me he adquirido aquí con mi trabajo.

—Si llamais fortuna á la posesion de esta miserable bicoca, y al privilegio de dar de comer y de beber á todos estos groseros tegedores, no sois difícil de contentar. Siegbrit, escuchadme, porque el tiempo urge; la corporacion de los tegedores acaba de desterrarme de la ansa, y estos brutos son capaces de cometer conmigo escesos de que toda su sangre tendria que responder tarde ó temprano. Evitadles esta desgracia y seguidme. Un barco que hace ocho dias he mandado esté listo para darse á la vela, nos espera. Venid, acompañadme; dentro de pocos dias, en lugar de un meson habitareis un palacio, y Duyvecke será la reina en él. Por lo que hace á tí, jóven, quédate con esta posada, yo te la regalo; ella podrá consolarte de tu herida. Y arrojó una bolsa llena de oro á los pies de Ians, pero éste la rechazó.

—Te haces el orgulloso, tanto peor para tí. Vamos, Duyvecke, vamos Siegbrit, es menester partir.

—No os seguiré! no entregaré á Duyvecke á la merced de un hombre que tal vez es un bandido.

—Si no quereis seguirme de buen grado, yo os reduciré á la razon. Y tocó un silbato de oro, sacando tres sonidos agudos que resonaron á lo lejos. Al punto se destacó una chalupa de un barco que estaba anclado en el puerto. La embarcacion llegó á la orilla y saltaron en ella seis hombres; á pesar de los esfuerzos de Ians y de la resistencia de Siegbrit, se apoderaron á viva fuerza de la vieja, que condujeron á la canoa, mientras Cristian llevaba á Duyvecke en sus brazos.

Ians vió pronto unirse la chalupa al barco, el cual se dió á la vela y desapareció en el horizonte.

V.

En Copenhague.

Ians estaba todavia en la playa de pie y consternado, cuando los tegedores llegaron para comer, segun acostumbraban. El gantés les contó la escena de que acababa de ser á la vez testigo y uno de los actores. Al saber el rapto de Siegbrit y de Duyvecke, los tegedores indignados

resolvieron ir á pedir en el acto justicia al gran maestro de la ansa, y dirigiéronse en corporacion á su casa. El anciano Jacob, como gefe del *Juramento*, presentó la queja contra Cristian y reclamó la justicia de la ansa, tan vergonzosamente ultrajada.

El maestro de la ansa, rico negociante, cuyo poder igualaba casi al de un soberano, y que se mostraba de ordinario severo sostenedor de los derechos y de los privilegios que constituian su poder, pareció mas pensativo que indignado al saber lo que acababa de pasar. Preguntó á Ians, procuró disminuir la gravedad de los hechos, y concluyó manifestando que todo aquello había sucedido por culpa de Siegbrit y de Duyvecke.

—Donde las mugeres se mezclan, dijo con frase poco galante, no tarda en aparecer el desorden. Si quereis creermos, lo que debeis hacer es volveros á vuestros talleres, y no ocuparos mas de una vieja hechicera, y de una muchacha loca.

—Siegbrit es nuestra madre, Duyvecke es la hija adoptiva de la ansa de los tegedores. Faltaríamos á nuestro deber si no reclamáramos vuestra proteccion para ellos; como faltareis á vuestro juramento si nos negais vuestra ayuda cuando la reclamamos.

—Señores, replicó el que de este modo se veia apremiado, bien sabeis que no acostumbro á retroceder delante de semejantes ofensas. Pero si he de deciros la verdad, preferiria en esta ocasion que las cosas se quedasen en el estado en que están. Temo que los dedos de la ansa se quemen al tocar este asunto.

—Justicia! queremos que se nos haga justicia! gritaron á una voz los tegedores.

—Pues bien! puesto que lo exigis, voy á reunir á los maestros de las cincuenta y dos corporaciones que forman la ansa, y á consultarles sobre lo que conviene hacer. El maestro Jacob, vuestro gefe, tomará naturalmente parte en esta deliberacion; en seguida oireis su parecer.

La junta se celebró en efecto. Cuando el maestro Jacob salió de ella, llevaba la cabeza baja y parecia triste é inquieto.

—Hijos míos, dijo á los tegedores que se agrupaban á su alrededor, el parecer unánime del Consejo ha sido que no se lleve mas adelante este negocio, porque ha ido demasiado lejos. Hay oculto en él un misterio que hace muy difícil la posicion de la ansa. Estémonos quedos y hagamos el menor ruido posible, y Dios nos proteja.

Ians Crumbbrugge se levantó exclamando:

—Pues bien! ya que todos abandonan á Duyvecke y á Siegbrit; ya que los tegedores, por una palabra de un maestro pierden el ardor que siempre han mostrado para el sostenimiento de sus derechos, y parecen dispuestos á sufrir con mansedumbre la bofetada dada en sus mejillas, ya que consideran bueno, en fin, que roben á las mugeres y á sus hijas, yo no soy mas que un pobre artesano, pero juro por el evangelista, mi patron, por el nombre de mi padre y por la salvacion de mi alma, no tomar tregua ni reposo antes de alcanzar satisfaccion cumplida del ultrage hecho á las que debemos proteger. Dios, la Virgen y los Santos nos ayuden.

—Tiene razon, añadieron los mas jóvenes de la ansa; tiene razon. No debemos faltar á nuestros deberes ni por temor ni por interés. Si los cuarenta y nueve maestros nos niegan su auxilio, qué importa? hay bastante oro en la bolsa de los tegedores, y bastante valor en su corazon para vengar un insulto.

Un violento tumulto se levantó en la asamblea, y la campana de la queda pudo solo poner fin al desorden de la discusion.

En la mañana del siguiente dia proclamaron al son de clarines en todas las esquinas de Berghen, un edicto del rey de Dinamarca, que cargaba con un derecho considerable la entrada en su reino de todas las telas de hi-

lo, cualesquiera que fuesen su calidad y su naturaleza.

Este edicto arruinaba el comercio de los tegedores. Puede figurarse la agitacion que produjo entre la corporacion de que era gefe el maestro Jacob.

—Hijos míos, ayeros he invitado á la moderacion, dijo este último cuando vió á todos los obreros que venian hacia él; y hoy no puedo menos que repetiros las mismas palabras. En lugar de revelarnos contra la mano que nos azota, es menester, que procuremos aplacarla.

—Aplacarla? murmuraron algunos de los que le escuchaban.

Si conoceis otro medio de salir del apuro, decidmelo. Todo lo que yo puedo añadir es que nos vemos reducidos á la miseria. Los Países Bajos y la Francia producen mas géneros de los que pueden consumir, y tienen el privilegio casi esclusivo de abastecer con ellos á la Alemania. No queda, pues, á los tegedores de la ansa, mas que la Noruega, y sobre todo la Dinamarca. Si el último de estos países nos falta, si su gobierno favorece en nuestro detrimento á los fabricantes de la Francia y de los Países Bajos, qué quereis hacer? Os lo repito, es menester impetrar la gracia del rey de Dinamarca á quien sin querer hemos ofendido. Quizá una diputacion de nuestra ansa alcance de él condiciones menos duras, y hasta la revocacion del funesto edicto.

Después de muchas discusiones, la mayoría decidió que se siguiese el consejo del maestro Jacob, y que se enviase una diputacion al rey de Dinamarca.

Sacáronse á la suerte los nombres de los individuos que habian de componer esta diputacion. El primer billete designó á Ians Crumbrugghe.

El maestro le llamó aparte.

—Si fueras sábio y prudente, le dije en voz baja, renunciarias á esta mision que puede ser peligrosa para tí, y fatal á nuestra corporacion. Cree en la experiencia y en la amistad de tu superior.

—He jurado consagrarme á la salvacion de Siegbrit y de Duyvecke, contestó Ians: si, como presumo, estas dos mugeres se hallan en Dinamarca, es un motivo mas para que desee y persista en marchar. Hay demasiados misterios en todo esto, y quiero aclararlos. Desgraciado de Cristian si no ha cumplido sus juramentos respecto á Duyvecke; le alcanzará mi venganza aunque se halle sentado en las gradas del trono de Dinamarca!

—Te he prevenido lo que debias hacer; sin embargo quieres correr á tu perdicion; protéjate el cielo, que bien de su auxilio necesitas para salir sano y salvo de tu loca empresa.

En la mañana del siguiente dia, la diputacion de la ansa de tegedores compuesta de ocho individuos, se puso en camino para Copenhague. Al llegar á la capital de Dinamarca, el primer cuidado de los diputados fué pedir la hospitalidad á los individuos de la ansa de tegedores que vivian en Copenhague. Cada uno de ellos fué recibido y hospedado en la casa de sus cohermanos: Ians Crumbrugghe se alojó en casa de un rico mercader de telas.

El primer cuidado del jóven fué preguntar á su huésped el paradero del tegedor Cristian; nadie le conocia, y ningún obrero que manejaba la lanzadera, tenía este nombre. Ians creyó que seria mas feliz en los arrabales y pueblos inmediatos á la ciudad. Sin pensar en la diligencia que debian de evacuar al siguiente dia los diputados cerca del rey, juró no abandonar las indagaciones que iba á principiar antes de haber descubierto á Duyvecke.

A pesar de sus esfuerzos, á pesar de sus preguntas á los vecinos de cada barrio, entró triste y desanimado en la casa de su huésped cuando tocó la queda.

Jóven, le dijo este último; principiais á causarme vivos recelos. Mirad que la policia de Copenhague no se parece á la de las poblaciones anseáticas. En Berghen cada artesano es un semi-rey. Aquí los vecinos mas ricos, y los señores de mas alta categoria deben arrodillarse delante de

la voluntad real. Aunque seas extranjero y enviado anseático, si os sorprenden en la calle después de la hora de la queda lo pasareis muy mal. Los azotes, la argolla y la carcel, castigarían vuestra infraccion á los reglamentos del burgo-maestre y á las órdenes del rey. Avivad, pues, el paso en adelante desde que oigais las primeras campanadas que dan la señal de la retirada.

Al siguiente dia muy temprano Ians principió de nuevo sus indagaciones inútiles. De pie en la orilla del mar, y con el corazon dolorosamente oprimido, deploraba la desgracia de Duyvecke, y se entregaba á los temores mas serios sobre la suerte de la pobre niña, cuando de pronto pasó rápidamente una barca delante de él y desapareció con la prontitud de una flecha, merced á los cuatro hombres que bogaban al remo.—Ians lanzó un grito de alegría, porque reconoció á Siegbrit y Duyvecke á bordo de la embarcacion.

Seguió con la vista aquella lancha, y la vió dirigirse hacia la pequeña isla de Amak (1), que se halla en frente de la ciudad. Inmediatamente se lanzó en una barca de pescador amarrada en la ribera, y mandó que le condujeran á la isla.

Apenas desembarcó buscó la morada de las dos mugeres. No fué poca su sorpresa al ver que en la isla, que tenía ademas muy poca estension, no habia mas que una sola casa rodeada de magníficos jardines; pero esta casa era casi un palacio. Sobrecogido y desconcertado Ians permaneció en el umbral sin atreverse á entrar; porque no podia creer que Duyvecke habitase en semejante palacio y temió cometer alguna imprudencia. Pero pronto se desvanecieron sus dudas al oír la voz de Duyvecke, cantando una de esas baladas dulces y sencillas que el tegedor habia oído muchas veces y con tanta felicidad en Berghen. Depuso, pues, todo temor, y dió un fuerte aldabonazo en la puerta. Un criado vino á abrir. Sin responder á las preguntas de este hombre, le empujó, se lanzó en el interior de la casa y se halló delante de Duyvecke y Siegbrit que sentadas al lado de una ventana bordaban pacíficamente. Al parecer quedaron mas sorprendidas que contentas de la llegada imprevista del jóven, á quien recibieron con bastante frialdad.

—Ians Crumbrugghe, dijo Siegbrit, antes de introducirse en la casa de una jóven, conviene informarse si semejante proceder puede desagradar á su marido.

Duyvecke se levantó para retirarse.

—Quedáos, exclamó Ians, quedáos señora! veo que sois feliz, y que no necesitáis del auxilio que venia á ofreceros, aun á costa de mi vida si hubiera sido necesario.....me retiro.

—Cristian se casó con Duyvecke el mismo dia de nuestra llegada á Dinamarca. Se conduce con ella como un marido bueno, leal y profundamente enamorado. Pródiga su inmensa fortuna en satisfacer nuestros menores caprichos. Gracias, Ians, por vuestras intenciones generosas; pero ya lo veis; nos son inútiles, como acabais de decir. La hija de mi pobre Margarita tiene ya sobre la tierra un protector.

Ians sin responder salió de la casa de Duyvecke, se lanzó en la barca que lo habia conducido, y volvió á Copenhague, donde halló á sus compañeros preparándose para ir á la audiencia del rey de Dinamarca. Signiólos maquinalmente llevando la muerte en el corazon, y casi sin saber lo que hacia. La felicidad de Duyvecke causaba mas tristeza al gantés, que la que poco antes habia sentido cuando la consideraba desgraciada.

Cuando llegaron al palacio del rey, los diputados tuvieron que atravesar las largas filas de soldados, alabardados en mano; después de lo cual fueron introducidos en una sala inmensa, donde empleados de palacio pidieron los

(1) Hoy la isla de Amak está reunida á la ciudad por medio de un puente.

poderes en virtud de los cuales los individuos de la ansa solicitaban una audiencia del rey.

Terminado este examen, después de haber encargado un ujier á los ocho tegedores el mas profundo silencio, marchó delante de ellos hasta llegar delante de una puercecita muy baja. Allí les mandó en voz baja que se arrodillasen y prosternasen cuando se viesen en presencia del monarca, y rascó (1) suavemente en la puerta, que se abrió sin ruido sobre sus goznes. Entonces les hizo señal que les siguieran.

De repente halláronse los tegedores en presencia del rey, sentado en su trono, magníficamente vestido, y rodeado de los grandes señores de su corte.

Los del ansa no necesitaron para prosternarse recordar las lecciones del ujier.

—Qué quieren los individuos de la ansa de Berghen á S. M. Cristian, rey de Dinamarca y de Noruega? preguntó una voz.

Maese Jacob, como decano de la diputación, procuró armarse de toda su presencia de espíritu para contestar á esta pregunta y esponer la petición de que estaba encargado. Apenas dirigió sus miradas hácia el monarca, hubiera lanzado un grito de sorpresa si el respeto no le hubiera sofocado.

Sus compañeros que le habían imitado, no manifestaron menos asombro, y Ians estuvo á punto de desmayarse.

En el rey, en ese príncipe omnipotente sentado en su trono, y del cual dependía en aquel momento la suerte de la ansa de los tegedores, habían reconocido á su antiguo compañero Cristian.

—Sois mudo? preguntó el rey con tono severo á Jacob.

Este, algo repuesto de su emoción, espuso en los términos mas humildes y suplicantes, la petición de la ansa de los tegedores, relativa á que levantase el impuesto con que había sido recargada la entrada de géneros en Dinamarca.

—Tegedores de la ansa, replicó Cristian con tono severo, también yo he estado en la ciudad de Berghen y he estudiado vuestras costumbres. Conozco los recursos de vuestro oficio, he oído vuestros discursos, y mas de una vez ha llegado á mis oídos la burla que se hacía del rey de Dinamarca, y de la natural bondad con que favorecía, en daño propio, los intereses del ansa. He querido dejar de ser por mas tiempo el blanco de estas burlas, y he recargado las telas de vuestras fábricas como era útil y justo que lo hiciese. Decid est mismo á los que os envían.

—Pero, señor, consumais nuestra ruina, contestó Jacob; no nos queda mas que mendigar y pedir una limosna para nosotros y nuestras familias.

—Volved á Berghen. Partid hoy, ahora mismo; y á gran dicha tened que os deje la libertad y la vida. ¿Sabeis que existe entre vosotros un espía? ¿Que bajo pretexto de servir á vuestra causa, ha venido un traidor á Copenhague para sorprender mis secretos y quizá para entregarse á tentativas mas criminales? Pero la vida de este hombre me pertenece; acaba de penetrar furtivamente en una de mis habitaciones reales, y preciso es que sufra las consecuencias y el castigo de este crimen de lesa-majestad.

—No hay entre nosotros traidor alguno, respondió atrevidamente Jacob; acudimos á V. M. bajo la salvaguardia de los privilegios anseáticos que garantizan la libertad y la vida á todo diputado enviado cerca de V. M. Sino respetais los tratados, Dios y la ansa juzgarán entre nosotros.

—En tono muy alto me hablais. Levantáos, Ians Crumb-brugghe, y hablad sin mentir. Si verdaderas mis palabras?.... Alejáos todos, señores, y dejadme con este hombre.

(1) Antiguamente en Francia, Dinamarca y algunos otros países se acostumbraba rascar de quedo la puerta de la cámara del rey, cuando alguno quería entrar.

Obedecieron y Ians se quedó solo con el rey.

—Señor, dijo, no hay entre los diputados traidores ni espías. Había jurado proteger y socorrer á una joven á quien creía sin apoyo; he venido para cumplir mi juramento, y ella me ha rechazado desdeñosamente..... Ha hecho bien, porque ya no me necesita! la misión que quería llenar está terminada! Ojalá que la felicidad de que goza Duyvecke, no se disipe como un sueño!

—Maese Ians, sin duda pensais que mi esposa hubiera sido mas feliz casándose con un tegedor.

—Vuestra esposa, señor? es vuestra esposa! Bendigaos Dios por la palabra que acabais de pronunciar.

—Si, Ians, me he casado en secreto con Duyvecke, pero ignora mi rango, mi nombre y mi poder. Retirada en la isla de Amak, adonde voy á verla todos los dias, nadie puede revelarla mi secreto, porque nadie entra en la isla sin mi permiso. Si tú has encontrado una barca que te condujera á ella, consiste en que yo lo había mandado así. Solo Siegbrit lo sabe todo. Qué piensa mi rival de lo que acaba de oír?

—Señor, replicó Ians arrodillándose, no aumenteis mi confusión; mi amor ha huido lejos de mi corazón, desde que reconocí en V. M.....

—Al tegedor Cristian, no es verdad? habla sin temor. Ahora escucha: te has mostrado generoso con Duyvecke; tú me sacaste en Berghen de un peligro que creías muy grave; el rey Cristian de Dinamarca, quiere pagar las deudas del tegedor Cristian. Es menester que no te arrepientas de haberme encontrado en tu camino. Parte hoy mismo para Bruselas; un barco te espera en el puerto..... pero ante todas cosas júrame no revelar jamás nada del secreto que acabo de confiarte.

—Os lo juro por el nombre de mi padre, y por mi salvación en este mundo y en el otro.

—Está bien.

El rey dió un agudo pitido con su silbato de oro que llevaba en su cintura y al punto entró la corte en la sala y rodeó el trono.

—Señores, dijo el rey á los tegedores, cuánto daría la ansa por rescatar el derecho de entrada que acabo de establecer sobre vuestras telas?

—Cuatrocientos mil florines, señor.

—Está bien! Regalo estos cuatrocientos mil florines á Ians Crumbbrugghe. Entregadle esa suma, y retiráos, pues ya está abolido el derecho de entrada de las telas.

Los diputados de la ansa salieron del palacio en un estado de turbación imposible de describir.

—Esplicanos todo es misterio, preguntaron á Ians. Te suponíamos perdido; el rey te acusaba de espionaje, y ahorate vemos gratificado con cuatrocientos mil florines que pagamos para rescatar el derecho de entrada.

—Amigos míos, respondió el gantés, no necesitáis apuraros mucho para pagar esa suma, porque os la devuelvo. No quiero una fortuna, adquirida á vuestras expensas, y que yo no he ganado. Conservad solamente un buen recuerdo del tegedor que habeis acogido como un hermano en vuestra ansa. Adios.

—Nos dejas? quieres separarte de nosotros? No quieres recibir la expresión de gratitud de nuestros compañeros de Berghen? Si aceptamos tu generosa negativa eso solo con la condición de que ha de recompensarte la ansa...

—Un buque me espera en el puerto para conducirme á los Países Bajos. He jurado partir ahora mismo. Adios, hermanos.

Los siete tegedores abrazaron á Ians, y cuando le tocó el turno á maese Jacob le dijo:

—Sabes ya el paradero de Duyvecke? te ha confiado el rey lo que ha hecho de ella? Vas á Bruselas en su busca? puedes confiármelo todo porque soy discreto.

—Yo lo soy también tanto como vos, padrino mío: disimula mi silencio, porque he hecho un juramento y es preciso cumplirlo.

El semblante de Jacob espresó al principio el desagrado, pero pronto volvió á tomar su bondad habitual.

—Tienes razon, amigo mio; has contestado como corresponde; y si alguna vez necesitas en Berghen los servicios de un amigo, piensa en tu viejo camarada Jacob.

Se separaron y algunos instantes despues, Ians de pie en la popa de un buque que se daba á la vela, se despedía ondeando un pañuelo de los diputados de la ansa.

VI.

Nupcias.

Al anoecer de un hermosodia llegó Ians á la ciudad de Bruselas, y se dirigió á la casita que habitaba su madre. Con gran sorpresa la encontró cerrada: todo parecia anunciar que ya no estaba habitada. Llamó sin embargo á la puerta; nadie respondió.

Lleno de inquietud preguntó á un vecino los motivos de aquella soledad.

—Pronto hará un mes que la viuda no vive en esta casa; ignoramos que ha sido de ella. Una mañana apareció cerrada la puerta, como la veis.

Ians se dirigió lleno de zozobra á casa de su antiguo maestro: este le recibió con los brazos abiertos.

—Seas bien venido; hoy hay fiesta en la casa y solo te esperábamos á ti. Por lo demás ya sabíamos tu venida.

—Y mi madre? donde está mi madre?

—Vas á verla, tranquilízate, pero creo que no tratarás de presentarte en un día de fiesta en mi casa, con el traje empolvado de viajero. Entra en mi cuarto, vístete como corresponde con el traje de fiesta, y vuelve pronto, porque tu madre, tu hermana, tu hermano y mi hija te esperan para abrazarte.

Algunos minutos bastaron á Ians para vestirse; cuando volvió, maese Kindt le cogió por la mano y lo condujo á una gran pieza, que segun el uso del tiempo, servia á la vez de salon y de comedor. Allí el feliz jóven halló á su madre, á su hermano y á su hermana que corrieron á abrazarle alegres y regocijados.

—Ahora, dijo maese Kindt, cuando los ojos húmedos de lágrimas hubieron puesto al fin tregua á estas fervientes caricias, ahora Ians, es menester que sepas los motivos de la fiesta, y que nos los digas, porque todo el secreto de nuestra reunion se halla encerrado en esta carta. Hace ocho dias que nos la ha traído cerrada un mensajero de S. M. el rey de España y los Países Bajos, nuestro magnánimo monarca. Los manjares, los entremeses del banquete, los vinos, los postres y hasta la bajilla de plata han sido depositados aqui por desconocidos que no han querido decir sus nombres ni quien los enviaba. Ians abrió la carta y leyó lo que sigue: «Es nuestra real voluntad que maese Kindt fabricante de lienzos en Bruselas, dé en casamiento á su hija Bella á Ians Crumbrugghe y que la ceremonia nupcial, para la cual están ya hechos todos los gastos necesarios, se celebre hoy mismo. Los sacerdotes esperan á los futuros en la iglesia de Santa Gúdula.»

Firmado, CAROLUS REX.

—El rey! conoces al rey? exclamaron estupefactos los testigos de esta escena. Vamos, es preciso obedecer á S. M. Vamos á la iglesia de Santa Gúdula.

Ians que creia estar soñando fué conducido por su madre.

La iglesia estaba adornada como para día de fiesta. Maese Jacob acompañado de otros tres tegedores de la ansa, esperaba en el presbiterio á los desposados.

—Somos tus testigos, dijo solemnemente.

Celebróse el casamiento con la mayor pompa, y los nuevos esposos sorprendidos de verse unidos tan inesperadamente, se dirigieron á la casa de maese Kindt. Veíanse allí con admiracion general sobre una mesa, apoyada

por debajo por enormes puntales, cuatro toscos toneles, llenos de brea y cubiertos con anchos aros de hierro, y en los cuales se leían estas palabras:

REGALO DE BODA
DEL TEGEDOR CRISTIAN
DE COPENHAGUE.

—El presente de Cristian va á perjudicar algo el efecto del nuestro, dijo Jacob: no importa, estoy seguro que no lo recibirás con menos placer.

Tomó entonces de las manos de los que le acompañaban, un pergamino y leyó en voz alta:

«La ansa de Berghen declara por unanimidad de votos de todos los tegedores consultados al efecto, que Ians Crumbrugghe ha merecido bien de la asociacion; que ella le adopta y le reconoce por su bienhechor, y que su nombre será siempre asociado en las oraciones publicas al de los fundadores de la ansa.

Todos los asistentes se descubrieron, se arrodillaron y cantaron en coro:

El trabajo es la felicidad
la union forma la fuerza.

VII.

El diplomático sin saberlo.

El recuerdo de Duyvecke habia dejado en el corazon de Ians Crumbrugghe huellas muy dolorosas. La felicidad que halló el nuevo esposo al lado de la dulce y encantadora Bella no tardó en borrarlas enteramente. Traia frecuentemente á su imaginacion lo pasado, pero sin amargura y sin pesar. La fortuna que por tanto tiempo le habia sido contraria sonreiale bajo todos conceptos. Gracias á su inteligencia y actividad, y sobre todo á la amistad que le profesaban todos los individuos de la ansa, con quienes hacia grandes negocios, en tres años llegó á ser el mas rico negociante de Bruselas. Su nombre gozaba en todos los Países Bajos de una reputacion popular de probidad que tenia eco en Alemania y en los países del norte.

Tal era la prosperidad de Ians Crumbrugghe, que gustaba en el seno de su familia al lado de su suegro, entre su madre y su muger, una felicidad sin igual, cuando una mañana recibió la orden de dirigirse á la corte á donde lo llamaba el jóven rey Carlos V.

Presentado al soberano, éste despues de haber dirigido al negociante preguntas sobre las costumbres y los recursos de los países del norte, le dijo:

—Maese Ians Crumbrugghe, necesito enviar á Copenhague una persona inteligente y fiel, para entregar en secreto y sin despertar sospechas, cartas importantes al gobernador del castillo, Torbernt Oxe. Iréis, pues, á esta ciudad bajo pretexto de negocios comerciales. Desempeñareis vuestra mision con misterio, y esperareis antes de volver á los Países Bajos, que el gobernador pueda daros la respuesta que deseo. ¡Id!..... Qué teneis que alegarme? por qué vacilais?

—Señor, respondió Crumbrugghe, S. M. el rey de Dinamarca me ha colmado de beneficios....

—Nadatemaís, porque la mision que os confío cerca de Torbernt Oxe, no tiene otro objeto que asegurar y aumentar la fortuna y la gloria del rey Cristian.

Despues de pronunciar estas palabras, Carlos V entregó al negociante un paquete cerrado, lo despidió y le dió orden de partir al siguiente dia.

Cuando llegó á Copenhague cuya vista despertó tantos recuerdos en su corazon, el primer cuidado de Ians fué cumplir las órdenes del rey, y entregar al gobernador los papeles de que era portador. Cuando Torbernt Oxe abrió

el paquete, se entregó á las mas vivas demostraciones de sorpresa y de alegría.

—Al fin, exclamó, el rey de los Países Bajos consiente en las proposiciones que le he dirigido en nombre de los principales señores de Dinamarca! Ante semejante honor y tan brillantes ventajas, no podía vacilar el rey. Sé discreto y el éxito mas feliz coronará nuestros esfuerzos.

—Seré tanto mas discreto, se dijo Ians á sí mismo, cuanto que ignora la noticia que contiene ese paquete.

—El rey Carlos ha mostrado en este negocio su prudencia, y su sabiduría acostumbradas. Retíraos y ocupaos ahora de vuestros asuntos comerciales; olvidad que me conoceis, que me habeis visto, y que el rey de los Países Bajos os ha dado una carta para mí. Cuando necesite de vuestro auxilio, os llamaré. El rey luego que sepa vuestra llegada á Copenhague, querrá veros sin duda, pero yo arreglaré las cosas de manera que no os llame antes que sea tiempo oportuno.

Al salir Ians del palacio del gobernador principió á evacuar sus negocios: empleó los primeros días de su llegada en arreglar las cuentas de sus corresponsales, en encajonar el dinero que le debían, en recibir los encargos y en comprar hilo. Cuando pasaba por el puerto, no dejaba jamás de dirigir la vista hácia la isla de Amak, lanzando un suspiro; pero este suspiro nada tenia de amargo y doloroso; era solo un recuerdo de lo pasado.

Duyvecke no habitaba ya el lindo retiro de la isla de Amak, habia fijado su residencia en el castillo de Soenderburgo á poca distancia de Copenhague. Allí candorosa y sencilla, como en los tiempos en que daba de beber á los obreros de la ansa, criaba pajaritos y cultivaba flores. Siegbrit jamas quiso que la jóven supiese que estaba casada con el rey de Dinamarca.

—Es menester, decia, no esponer al ardor de un sol abrasador la tierna flor que necesita humedad y sombra; Duyvecke no seria feliz sabiendo vuestro rango ilustre, y mil inquietudes funestas turbarian en adelante su tranquilidad. Sed siempre para ella el rico mercader Cristian, y nada mas. En medio del retiro absoluto en que vivimos puede ignorar siempre el misterio que la rodea. Dejadla pacífica y serena, sin curarse de lo presente, y sin temer el porvenir.

La hermosa niña, merced á esta ignorancia del rango de su marido, y á la soledad en que su abuela la vigilaba, pasaba negligentemente su vida, y no conocia otros pesares, que la ausencia de Cristian, cuando imperiosos negocios le detenian en Copenhague. Pero en cambio, ¡qué alegría sentia su corazón cuando su oído siempre en acecho, escuchaba á lo lejos el ruido del coche del que ella esperaba! Enagenada de gozo corría á su balcón, y agitaba un pañuelo para que su bien amado la viese desde mas lejos. Al día siguiente, cuando era preciso separarse, lágrimas que se esforzaba en contener brillaban bajo sus párpados y con el pensamiento y la esperanza se trasportaba al momento que habia de traerle nuevamente á su Cristian. Todos los días antes de separarse queria que su marido llevase un ramo de flores cogido por ella, prometiendo Cristian no abandonarlo jamás.

Mientras que una mañana formaba su ramo acostumbrado de flores en un vasto invernadero, dispuesto cerca de la salita que ella ocupaba de ordinario, oyó la voz de Siegbrit que dirigia á Cristian palabras vehementes. Corrió para interponerse en una de esas discusiones violentas que se suscitaban á veces entre la vieja y Cristian, cuando una palabra la detuvo de repente; una palabra que le hirió el corazón.

—No señor, no hará eso V. M., decia Siegbrit con vehemencia.

—Magestad? Dios mio! el rey! es el rey á quien amo, es el rey con quien me he casado en secreto! Permita el cielo que tan fatal honor no presagie algun infortunio! El

rey! ya no podré amarle como antes! sencillamente, sin coacción, sin violencia! el respeto me lo prohibirá! El rey, el rey! qué desgracia! Dios mio.

Mientras que estas ideas pasaban rápidamente en su imaginación, permaneció allí sin fuerza, sin poder huir, ni dar un paso adelante. Una mano de hierro; un poder sobrenatural la sujetaban, y la hacian oír cada una de las palabras mortales de Siegbrit.

—La ambición causa la desgracia cuando impele á la traición. Duyvecke morirá del golpe con que la amenazais! no necesitais romper vuestro matrimonio con ella; no es menester recurrir al Papa; no infameis á vuestra muger. Basta decir á la desgraciada: ya no te amo! voy á casarme con la hermana de Carlos V.

Duyvecke cayó moribunda sobre el pavimento.

Cuando volvió en sí, Cristian la estrechaba en sus brazos y suplicaba al cielo, derramando lágrimas, que volviese á la vida á su Duyvecke, á su esposa muy amada.

—Perdóname le dijo, perdóname un momento de error y de ingratitud causado por los consejos del gobernador del castillo. La torpe fidelidad de Torbernt le ha impelido á pedir para mí sin mi consentimiento, la mano de Isabel, hermana del rey de los Países Bajos. Renuncio para siempre este proyecto maldito, y que habia rechazado mas de una vez, Duyvecke mia, mi blanca paloma.

—Señor, respondió ella, no vacileis si vuestra felicidad y vuestra gloria lo exigen, en hollar bajo vuestros pies el cadáver de una pobre muger, para quien ya no hay en este mundo felicidad posible. Vos sois el rey y yo no soy mas que una obscura criada de un meson. El rey! Dios mio! el rey! Oh! que he hecho yo? qué falta he cometido para merecer tan cruel castigo?

—Querida Duyvecke, olvida todo lo que acabas de oír, mira solo en mí á Cristian, á tu marido, á tu querido Cristian, al que te ama mas que su vida, mas que su gloria. Ay! primero arrostraré el odio y la cólera de Carlos V: primero la guerra con él, que causarte un solo momento de inquietud.

—La guerra! la guerra por causa mia! la desgracia de Dinamarca y quizá la vuestra! Esponer vuestra vida en un campo de batalla! Oh Dios mio! Dios mio! dadme la muerte. Bien veis que la vida me es odiosa y fatal!

El rey no se separó de Duyvecke hasta el siguiente día, dejándola, sino consolada y serena, al menos sin desesperacion.

—Adios, dijo al separarse de él. Adios, señor. Cuando volveré á ver á V. M?

Y acompañó estas últimas palabras con una sonrisa triste y dulce.

—No hables así, respondió Cristian estrechándola otra vez en sus brazos. No me digas esas palabras respetuosas que me entristecen en tu boca. Temo cuando las empleas no ser ya tu Cristian.

Duyvecke separó los hermosos cabellos rubios que caían en largos anillos sobre la frente del principe, y oprimió apasionadamente con sus labios el sitio que acababa de descubrir. En seguida huyó gritando:

—Adios, marido mio.

—Y la ambición habia de cegarme hasta el punto de trocar una felicidad semejante por el estéril honor de casarme con la hermana de Carlos V?

No, jamás. No soy bastante poderoso para ser feliz? Cogeré á Duyvecke por la mano y diré á mi pueblo: mirad á la que amo, mirad á vuestra reina. Y el pueblo palpitante al ver subir al trono una jóven, un ángel salido de su seno.

Cuando Cristian manifestó esta resolución á Torbernt Oxe, conoció este que estaba perdido. Jamás Siegbrit le perdonaria la tentativa que habia hecho; y Siegbrit ejercia sobre el ánimo del rey una influencia inexplicable para los que no conocian la alta inteligencia de esta muger extraordinaria. Nada decidia Cristian sin consultarla.

Sino había tomado ninguna parte en las guerras extranjeras, peligroso escollo donde habían querido estreñarlo; si se habían frustrado muchas conspiraciones; lo debía á la firmeza, á la prevision y á la habilidad de la vieja mesonera holandesa. Ella discutía mejor que un hábil ministro las cuestiones de estado, por graves y complicadas que fuesen. Había comprendido y hecho comprender al rey, que la nobleza inquieta y ambiciosa de Dinamarca, no le ofrecía sino garantías dudosas de fidelidad, mientras que el pueblo, dichoso con una protección que no siempre le había dispensado el padre de Cristian, se uniría al rey, y estaría pronto á sacrificar su vida y su riqueza por un monarca popular. No descansó hasta conseguir que el joven rey estimulase la industria, protegiese el comercio, se captase el afecto de los artesanos, disminuyese el poder de los nobles, y rechazase severamente todas las tentativas que hicieran estos últimos para aumentar sus privilegios. Dad al pueblo y refrenad á la nobleza, decía sin cesar; solo así aumentareis la fuerza de vuestros amigos y disminuiréis la de vuestros enemigos.

La nobleza de Dinamarca conocía los esfuerzos y la influencia de Siegbrit para con el rey: así es que los mas poderosos señores formaron una liga contra la vieja, considerando como el mejor, como el único medio de vencerla, romper el matrimonio secreto de Duyvecke, y hacer que se casara el rey con una joven hermosa y de talento, cuya alianza poderosa pudiese borrar pronto de la memoria del monarca á la tabernerita de la ansa de Berghen. La hermana de Carlos V, la princesa Isabel, reunía todas las cualidades necesarias para captarse y conservar la ternura del joven monarca. El conde de Torbernt Oxe propuso secretamente esta alianza al rey de los Países Bajos, y este contestó al gobernador dirigiéndole una respuesta favorable. Ians Crumbbrugghe había sido, sin saberlo, el encargado de la misiva que debía destruir la felicidad de aquella por quien en otro tiempo hubiera dado con alegría su vida, y que aun hoy mismo defendería á costa de su sangre.

Si no lograban su objeto los individuos de la corporación, esponían sus cabezas. Infiérese desde luego el espanto del conde Oxe y de los demas conjurados, cuando supieron la resolución espresada por el rey, no solamente de no casarse con la princesa Isabel, sino proclamar su matrimonio con Duyvecke.

Cristian había anunciado esta resolución en pleno consejo como irrevocable, y debiendo recibir su ejecución antes de ocho dias. El mismo conde Torbernt Oxe tenía el encargo de preparar el acto que había de colocar á Duyvecke en el trono de Dinamarca, y proclamarla esposa del rey con pública solemnidad. En el momento en que, lleno de consternación y de dolor acababa de separarse del monarca, se halló de pronto frente á frente con un hombre de una estatura y corpulencia gigantescas. El coloso, al ver el abatimiento del gobernador, soltó una carcajada que resonó en los oídos de Torbernt como la voz vibrante de un instrumento de cobre.

—He aquí una alegría á tiempo, y una burla que se recomienda por su oportunidad! dijo el conde. Antes de un mes mi cabeza caerá bajo el hacha del verdugo, y vos, señor astrólogo Maffetti, figuraréis al extremo de una cuerda. Si supiéseis....

—Lo sé todo, interrumpió Maffetti, conduciendo al conde á su casa inmediata al palacio, lo sé todo. S. M. cristianísima el rey de Dinamarca, Cristian, segundo de su nombre, quiere coronar á Duyvecke Rynghaut nieta de la hechicera Siegbrit.

—Quién, pues, os ha revelado esta noticia?

—Mi ciencia no tiene nada oculto, respondió el astrólogo con énfasis.

—Tu ciencia! Escusa las palabras sonoras. Sé lo que valen la astrología y tu saber. Quién te ha dicho el secreto del rey?

—El mismo rey que ha venido á consultarme sobre su designio.

—Y qué le has contestado?

—Que los astros le eran favorables; pero que sin embargo había una mala influencia, producida por la conjunción de Aries y de la estrella Venus.

—Qué quiere decir ese pathos?

—Quiere decir que la muerte se cierne sobre la corte de Dinamarca.

—Y á quiénes amenaza?

—A los pusilánimes y medrosos.

—Si tu ciencia no dice mas que eso, Maffetti, adios.

—Escucha, añadió el astrólogo, escucha! adonde vas?

—A ejecutar las órdenes del rey.

—Es decir á afilar el hacha del verdugo y preparar tu cabeza para el suplicio? Ya lo sabes, con Siegbrit la venganza sigue de cerca á la ofensa, y tú has ofendido cruelmente á esta muger.

—Pero qué debo hacer?

—No has oído jamás hablar de esos diestros jugadores italianos, que cuando los dados les son desfavorables saben hacerlos propicios componiéndolos?

—Qué quieres decir?

—Que los de espíritu apocado, jamás corregirán la fortuna. A quién temes tú?

—A Duyvecke y Siegbrit.

—Pues bien, si quieres ayudarme, mañana quedará destruido para siempre el poder de estas dos mugeres.

—Por qué medio?

—Por el talisman que contiene mi bolsa; mira!

Y vació sobre una mesa su bolsa llena de cerezas.

—¡Cerezas! esto es abusar de mi paciencia.

—Procura que lleguen estas frutas á manos de Duyvecke y de Siegbrit, y que el mismo mensajero que las lleve ignore la mano que las envía... mañana el rey Cristian dirigirá sus pensamientos y sus esperanzas hacia la hermana de Carlos V.

Al decir esto, reía con una sonrisa muda que daba á sus facciones molietudas una espresion diabólica.

—Te comprendo, replicó Torbernt: el medio es un poco violento, pero tienes razon: en un duelo es preciso no inquietarse por la falta de cortesía ni por la muerte de su adversario. Como dijo el griego Luciano en sus diálogos: *llévame ó te llevo!* Tengo un page que desempeñará maravillosamente este asunto, se disfrazará é irá á vender la fruta al mayordomo de la casa de Duyvecke.

—Pero el page puede cometer una indiscreción, vender nuestro secreto, perdernos.

—Es un huérfano nacido en Francia y que no conoce á nadie en Copenhague. Le gustan demasiado las cerezas para que no coma algunas.

—Está bien, manos á la obra.

—Al concluir estas palabras Maffetti entregó las cerezas á Torbernt Oxe y se despidió de él. El gobernador llamó inmediatamente á Ians Crumbbrugghe.

—Es menester, le dijo, que marcheis esta misma noche para los Países Bajos. Segun todas las probabilidades, va á ocurrir al punto un suceso que destruirá los obstáculos contra los cuales luchamos hace mucho tiempo.

—Vuestra señoría piensa darme esta noche despachos para mi soberano?

—No, enmedio del tumulto que causará el suceso de que os hablo podrian prenderos antes que os hubiéseis embarcado, y es preciso no esponernos al peligro de descubrir nuestro secreto con pruebas escritas. Direis solamente á vuestro soberano, que antes de poco tiempo el mismo rey Cristian pedirá á Carlos V la mano de su hermana Isabel.

—Qué me decís! exclamó Crumbbrugghe levantándose aterrado.

—No esperabais una solución tan pronta, no es verdad?

—¿Qué! el rey quiere romper su casamiento con Duyvecke?

—No. Ayer había renunciado á esta vergonzosa union, pero hoy ha mudado de pensamiento. Quiere por el contrario publicar su casamiento secreto y proclamar á la nieta de la hechicera Siegbrit.

—Pero entonces, como quiere casarse con la princesa Isabel?

—Un viudo no puede casarse otra vez?

—Un viudo? pues qué ha muerto Duyvecke!

—Quiero decir que mañana el rey será libre.

—Oh! leo en la sonrisa de vuestros lábios vuestro abominable pensamiento. Oseguivocais, conde Torbernt, si pensais en que he de ser vuestro cómplice. Si hubiera sabido cual era el mensaje que el rey Carlos V me confió para vos, lo hubiera rechazado con horror. Juzgad si estoy dispuesto á ser cómplice de vuestro asesinato! Cristian lo vá á saber todo...

—Para hablar al rey es preciso obtener el permiso del gobernador Torbernt Oxe, mi virtuoso camarada, y yo os lo niego.

—Pues bien, iré donde está Duyvecke y la salvaré con riesgo de mi vida.

—El conde llevó la mano á su puñal; pero reprimió este movimiento, se encogió de hombros, se sonrió y volvió la espalda al flamenco.

—Este último salió precipitadamente, montó en el caballo que había dejado á la puerta del palacio del gobernador, y partió al gran galope para el castillo de Soenderburgo.

—Ve, imbécil descabezado; fanfarron ridículo de virtud, dijo el conde siguiéndole con la vista; vé, no te temo, tontísima mosca que tú mismo te arrojas en las redes de la araña. Hola! hola!

Apareció un criado.

Dirigios ahora mismo al castillo de Soenderburgo y direis de mi parte al capitán Stienfrag, encargado del mando de las tropas que protegen la casa real, que haga fuego á todos los que se presenten sin una órden escrita de mi mano, y sin decir desde lejos la contraseña. Marchareis por el camino del parque que acorta en la mitad la distancia que teneis que andar.

Ahora, añadió frotándose las manos, vamos á cumplir las órdenes del rey, y hacer los preparativos de la coronación de la reina Duyvecke—Serviran para la reina Isabel.

Como Ians era extranjero en el pais no pudo dirigirse al castillo de Soenderburgo sino preguntando á los transeúntes el camino que debía tomar, y siguiendo el único que era conocido de los habitantes de la ciudad. Gracias á la viveza de su caballo y á la manera con que le aguijoneaba los hijares, no tardó en descubrir el castillo: apenas se halló á veinte pasos de él, cuando una voz le gritó: quién vive!

Al mismo tiempo se oyó una explosion, algunas balas silbaron en sus oídos hiriéndole una en el pecho.

Cayó del caballo; pero tuvo sin embargo fuerzas para arrastrarse hasta el puente levadizo, se agarró del pretil á pesar de los soldados que querian apoderarse de él, y gritó con una voz á la cual la desesperacion daba un poder sobrenatural:

—Socorro, Siegbrit! Socorro!

Y se desmayó.

La vieja atraída por el ruido de los tiros se había asomado á su ventana. La voz de Crumbbrugge la llenó de admiracion, conociendo por ella al antiguo sócio de la ansa. Inmediatamente corrió al lado del jóven, mandó que lo trasladaran al interior del castillo, y logró reanimarlo despues de haber curado su herida.

—Duyvecke! salvad á Duyvecke!

Tales fueron las primeras palabras que salieron de los labios de Crumbbrugge.

—Tranquilizáos; ningun peligro la amenaza.

—El gobernador... Torbernt Oxe... atenta contra la vida de Duyvecke.

Y volvió á caer sin conocimiento.

Siegbrit sobrecogida de terror dejó el enfermo confiado á los cuidados de un fiel criado y corrió en busca de Duyvecke. La jóven, blanca como el ala del ave cuyo nombre tenia, estaba recostada en un canapé.

—Está durmiendo! se dijo á sí misma Siegbrit.

Y ya se alejaba suavemente para no turbar el reposo de Duyvecke, cuando un sentimiento de temor vago, la arrastró hácia su nieta.

—Desgraciada! los ojos de Duyvecke estaban abiertos y sus labios lividos!

Al mismo tiempo se oyó en el patio el galope de un caballo. Era Cristian que llegaba.

Hubo entre la madre y el esposo tal escena de desesperacion que no podrian describir palabras humanas. Siegbrit estrechaba en sus brazos el cadáver de su nieta, procurando reanimar aquella boca sin respiracion y volver el movimiento á aquellos miembros ya atiesados por la muerte. En seguida lanzaba gritos horribles, blasfemaba, acusaba al cielo y al infierno, y pedia venganza. El rey traspasado de dolor, sin fuerza y sin lágrimas, parecia como anonadado, y apenas con débil voz pronunciaba el nombre de Duyvecke.

Durante tres dias permanecieron al lado de aquel cadáver de que ya se apoderaba la putrefaccion; lograron al fin llevar al rey á Copenhague. Despues de haber partido, Siegbrit se levantó, amortajó por sí misma los restos de su nieta, la depositó en un atahud de plata maciza, y dispuso que la enterraran en el panteon de la capilla de Soenderburgo. Cumplidos estos lugubres y piadosos deberes, volvió al lado de Crumbbrugge, que solo había recuperado el sentido para caer en el delirio de una fiebre ardiente, durante cuyos trasportes repetia sin cesar el nombre de Duyvecke.

Una lágrima, la primera que hasta entonces había podido derramar, humedeció los párpados abrasados de Siegbrit.

—¡Bendito seas, tú que has permanecido fiel á la paloma: tú que en nada has tenido tu vida, cuando has sabido que se hallaba en peligro. Bendito seas!

Y permaneció algunos instantes de pie al lado de la cama del jóven, con la cabeza inclinada, sin voz, y con las mejillas escaldadas por las lágrimas.

De repente exclamó con un brusco movimiento de rabia:

—Venganza! venganza! y partió para Copenhague.

Cerca de un mes trascurrió antes que volviera á presentarse en Soenderburgo; cuando volvió, Ians entraba en la convalecencia, y no le quedaba ya de su herida enteramente cicatrizada, sino un poco de debilidad. Cuando vió á la abuela de aquella que tanto había amado, de aquella que reposaba ya en el sepulcro, la emocion le cortó la voz, y llenó sus ojos de lágrimas.

Siegbrit se sonrió siniestramente.

—Lloras todavía! tambien yo he llorado al dejarte hace un mes! ahora no llo. Un fuego tal como no alumbraba al infierno devora mi corazon, y consume todo mi ser. Desde mi salida de Soenderburgo, cada día de mi vida ha sido una venganza, y nada sin embargo ha podido saciar mi rabia. He hecho destrozr por medio del tormento los miembros del conde de Torbernt Oxe; he visto caer bajo la mano del verdugo su cabeza maldita: el astrólogo Maffetti y ciento veinte y tres de sus cómplices han sufrido espantosos dolores á mis ojos. Pues bien, todavía queria mas sangre. Quería arrojar á toda Dinamarca en la ruina y la desesperacion. Quería destruir bajo mis pies á este reino execrable! ¿Sabes cuáles son los pensamientos que ocupan al rey? Sabes cuáles son los proyectos que suceden á sus pesares? Apresurar

su casamiento con Isabel; si, el malvado quiere poner en el dedo de la hermana de Carlos V el anillo nupcial de la que la flamenca, ó por lo menos sus fautores, han hecho envenenar! Ahora mismo me ha hablado de sus designios, á mí, que soy la madre de Duyvecke! Satanás me ha inspirado y me ha sostenido durante esta prueba; he podido dominar mis emociones; no ha leído en mi semblante mientras hablaba, el odio, el desprecio, y la venganza. Le he animado, y le he ponderado la hermosura de Isabel... me miras con sorpresa? no me comprendes, Ians? pobre y débil corazón, no ves tú que este casamiento me entrega á aquella por quien mi Duyvecke ha muerto! Así podré cogerla entre mis manos, atormentarla y ahogarla. Envanézcase enhorabuena de su hermosura, de su juventud y de su rango; envanézcase también Cristian con su poder; todo eso me pertenece; todo eso servirá para vengar á Duyvecke.

Hace ocho días que dejé á Copenhague y pasé á Elsenor para visitar el sepulcro de Hamlet, un príncipe que por venganza mató á su madre! Allí con un pie desnudo he llamado á media noche al espíritu de los infiernos en mi auxilio. Una aureola boreal ha iluminado de repente con su luz pálida la colina de Mergenlist; pájaros fúnebres vinieron á posarse batiendo sus alas sobre las tres peñas que forman el sepulcro del parricida. He inmolado una gallina blanca, he llamado á Satanás.

Y Satanás me ha contestado, que mi venganza igualará á mi rabia.

VIII.

senlace.

Diez años despues de los sucesos que acabamos de referir, Ians Crumbrugge de vuelta hacia ya mucho tiempo en Bruselas, pasaba una vida mas dulce y mas tranquila que nunca. Padre de una hija que el cielo le habia concedido despues de siete años de matrimonio, consagraba á la adorable niña todo el tiempo que el cuidado de sus negocios le dejaba disponible. Una noche acostado sobre la estera de paja, que en aquellos tiempos reemplazaban en Flandes á los tapices modernos, retozaba con la niña. Esta cabalgaba sobre su padre, sin querer dar descanso á su cabalgadura, cuando de repente lanzó un grito de espanto refugiándose en los brazos de Ians.

Semejante movimiento era muy excusable, porque lo que causaba tanto espanto á la niña Maria, hubiera llenado de pavor hasta á una persona adulta. Acababa de entrar en la habitación una muger, y se habia sentado en la chimenea. Bajo el velo encarnado que cubria su cabeza, se veia un rostro profundamente surcado de arrugas, una ancha boca y dos ojitos que brillaban con una luz siniestra. Aunque parecia muy vieja, su talle permanecia recto y altivo.

—Qué quereis; buena muger? preguntó Ians con el respeto que tributan los habitantes de los Países Bajos á los mendigos: si teneis necesidad de limosna, no es menester para pedirla que os introduzcáis hasta lo interior de la casa; tomad esta pieza, y cuando os hayais calentado, dirigios á mis criados y ellos os darán de comer.

—Ians Crumbrugge, dijo la vieja, colocándose de modo que la claridad de la lámpara dió perpendicularmente en su rostro y le alumbró; Ians Crumbrugge, los años y los dolores me han cambiado mucho, no es verdad?

—Siegbrit, señora Siegbrit! exclamó el tegeador, mas sorprendido que contento por aquella visita.

Pero no por eso dejó de decir:

—Seais bien venida á mi casa.

—Si, tus labios me dan la bienvenida, pero tu corazón me maldice, y tu deseo me es: ulla. Despues de todo, qué me importa? añadió atizando el fuego de la chimenea y aproximando á los carbones sus manos ennegrecidas.

—Podeis abrigar tan malos pensamientos sobre un antiguo amigo!

—No perdamos el tiempo en palabras vanas, interrumpió sacando de debajo de su mantilla un saco lleno de oro, tomad esta suma para que la emplees en fundar una misa perpétua por el reposo del alma de Duyvecke. Adios!

—No saldreis así de mi casa sin haber comido ni bebido, esto seria una verguenza para mi hospitalidad y una ofensa para mi amistad.

—Siegbrit no beberá ni comerá ya sobre la tierra, exclamó con voz lúgubre: mi tarea está cumplida, y mi venganza consumada: en adelante pertenezco á Satanás. Nada mas justo. El ha cumplido todas sus promesas; suya es mi alma: venga por ella cuando quiera.

—En nombre del cielo, no digais semejantes palabras en mi casa; son indignas de una cristiana.

—He vendido mi alma, y de consiguiente pertenece al que la ha comprado. No pertenecen tus telas á los que te las pagan? Si supieras, Ians, como he vengado á Duyvecke! Yo que era insaciable de odio, yo á quien la sangre de mis enemigos no habia saciado; yo que he hecho peccar á tu padre por un insulto; yo que he echado á mi hija de mi casa porque me habia desobedecido, me siento ahora harta de venganza. Si, he ido mas allá del objeto que se habia propuesto mi rabia. Voy á espantar al infierno cuando el demonio me dé posesion de él.

En tu vida oscura y pacífica, apenas habrá llegado á tus oídos el rumor de los sucesos ocurridos en Dinamarca: apenas sabrás el destino que ha sufrido Cristian. Quiero decirtelo, Ians. Quiero complacerme otra vez delante de mi obra de destruccion y de cólera.

Recordarás las palabras de amenaza que dije á la cabecera de tu cama en el castillo de Soenderburg; no habrás olvidado los juramentos que hice, porque sabes que nada podria hacerme retroceder. Pues bien; lo he cumplido todo. Escucha:

Cristian se casó dos meses despues de la muerte de Duyvecke, con Isabel hermana de Carlos V. Yo me manifesté favorable á este casamiento, y hasta escité á que lo contrajese, al rey que hollaba tan pronto bajo sus pies y con tanta cobardía el recuerdo de mi hija. Durante dos meses se creyó feliz.... pronto vino á consultarme temer sobre los partidos que comenzaban á levantar la cabeza en Dinamarca: le escité contra el pueblo, como en otro tiempo le habia escitado contra la nobleza. Le obligué á usar de severidad contra todos los que no se sometian ciegamente á sus órdenes. Corrió la sangre y los daneses execraron al tirano, á quien yo exhortaba sin cesar que los castigase mas cruelmente todavia.... yo labré su ruina interiormente, pero faltaba la de su honra fuera. Gracias á mis insinuaciones, retuvo cautivos con desprecio del derecho de gentes, á los embajadores que la Suecia le habia enviado. Puso sitio á Stokolmo, apoderóse de la ciudad, mandó asesinar al administrador Sturo, puso presa á su viuda, llenó la ciudad de carnicería y llevó una mano sacrilega hasta á los sacerdotes y ministros de Dios. Así fué como pereció el obispo de Skara; el santo prelado subió al cadalso denunciando la perfidia de Cristian á la justicia divina y á la venganza del pueblo.... Gustavo Wasa levantó el estandarte de la rebelion, cuyo ejemplo siguió Jutland. En fin, un día resonó Copenhague con gritos amenazadores; era el pueblo que se sublevaba; era el pueblo que pedia la cabeza de Cristian. También pedian la de Siegbrit, pero á buen seguro que el rey le hubiese entregado una tan fiel consejera. El imbécil no sospechaba siquiera que mi mano sola le derribaba del trono, y lo hacia echar de su reino como un lacayo, á puntapiés.

Para evitar la muerte se embarcó el rey aquella noche en secreto con su muger, sus hijos y yo.

Cuando el buque se dió á la vela para huir de Copen-

hague, la naturaleza pareció unirse á mí para vengar la muerte y el olvido de Duyvecke. El viento sopló con furor, agitóronse las olas del mar y estalló la terrible tempestad. El barco en que se hallaba la reina Isabel y sus hijos, naufragó á vista de Cristian sin que pudiese prestarle socorro. Entonces se puso á llorar, á alzar las manos al cielo é implorar la misericordia divina.... yo en tanto me reía, batía las palmas y gritaba al desgraciado:

«Consuélate; todavía te queda bastante oro para poder ser burgo-maestre de Amsterdam: aquí Siegbrit se interrumpió, cruzó sobre su pecho sus largos brazos descarnados, y dirigió á Ians miradas que hicieron palidecer de terror al mercader. Hubiérase dicho que eran las de un tigre que acababa de devorar su presa, y que pasa su lengua sobre sus labios ensangrentados. En seguida añadió:

—Después de mil peligros, llegamos á los Países Bajos. Allí supe, no sin desesperación, que la reina había escapado con sus hijos de la muerte.... Ay! tuve en seguida el dolor de verlos reunidos á Cristian. Mi venganza estaba casi destruida.

Desesperada llamé de nuevo en mi auxilio al demonio, y gracias al ascendiente que ejercía sobre el espíritu débil de Cristian, le persuadi que entrase en Dinamarca, y tratase de reconquistar su trono. Me creyó como me había creído cuando le aconsejé que impeliere á su pueblo á la rebelión, abrumándolo de impuestos é injusticias y diezmandolo con el hacha del verdugo. Partió á la cabeza de una escuadra: bien sabía yo la suerte que le esperaba. Fué rechazado, vencido, hecho prisionero, y encerrado en la torre del castillo de Soenderburgo, sin mas compañero de infortunio que un enano estúpido y yo.... en este momento, gimen todavía en aquel fétido calabozo, cuya puerta han tapiado y que guardan dos mil soldados siempre sobre las armas, y con la mecha encendida, dispuestos á hacer fuego á la menor tentativa de evasión.

Una vez reducido Cristian al grado de miseria á que quería condenarlo, me quité enteramente la máscara; le dije que yo sola había preparado y provocado su ruina para vengar á Duyvecke, para castigarle por haberse casado con la que había causado la muerte de mi nieta. Cuatro años pasó frente á frente de su mortal enemiga, sufriendo mis sarcasmos, sintiendo mi mano implacable volver á su alma la desesperación que había hundido en ella como un puñal agudo. Una noche sin embargo lo abandoné y hui.... los Países Bajos me esperaban con Isabel. Isabel hasido enterrada hace quince días en el castillo de la abadiade San Pedro, en Zwynaerde cerca de Gante. (1) después de haber llorado sobre el cadáver de uno de sus hijos, como yo había llorado sobre el de Duyvecke.

Ya lo ves, mi venganza terrible está satisfecha... Satanás me ha cumplido sus promesas; solo falta que yo le cumpla la mía, y le entregue mi alma.

—No digais semejantes palabras, Siegbrit, no rechazéis la esperanza y el arrepentimiento: un pensamiento bastó para salvar al buen ladrón espirante sobre la cruz; imitadle, alzá los brazos á Jesucristo: ha derramado su sangre por la salvación de los hombres y os salvará.

—No habéis de perdonar á la que jamás ha perdonado. Pertenezco á Satanás, Satanás no suelta su presa. A media noche vendrá por ella.

—Esperad, Siegbrit, el cielo me inspira un pensamiento que os librará de vuestras ideas funestas, y ahuyentará al demonio, si ya es que el pacto que decis haber contraído con él no es un sueño de vuestra imaginación enferma. Ven, María, ven, hija mía, arrodillate al lado de esta pobre muger que sufre mucho: junta tus manitas; haz la

señal de la cruz y recita el *Ave María*; esa oración que hace favorable para los que la dicen á su divina patrona la madre del Salvador. La niña obedeció, se persignó y principió con voz dulce y clara el *Ave María*.

Siegbrit cayó de rodillas: sus labios intentaron repetir las palabras de la oración, á medida que las articulaba la niña, pero no pudo. En vano juntaba sus manos centenarias, en vano las pasaba por su frente arrugada por las pasiones frenéticas de la venganza; su memoria permanecía muerta, y su boca muda. Pronto un frío convulsivo recorrió todos sus miembros.

—Basta! dijo á María, calla! tus palabras me hacen mal; ellas llaman aquí á los ángeles, y yo que pertenezco al demonio, sufro: oh! sufro mucho con su presencia invisible. Calla y deja estos lugares. Es menester que tu tierna memoria no guarde el recuerdo de lo que va á pasar. Ians, lleva á tu hija al lado de su madre; díles que se pongan á orar porque no quiero atraer la desgracia sobre la casa hospitalaria, cuyo dueño no ha rehusado abrigar mi cabeza maldita... tú, que eres un hombre valiente y fuerte quédate conmigo, Ians Crumbrughe.

Hablaba todavía cuando el tañido seco y lastimero del reloj anunció los tres cuartos para las doce. La campana de la ciudad respondió con sordo gemido, al cual se mezclaron las voces de otras muchas mas ó menos confusas, según la distancia. Al mismo tiempo principió á sonar la tormenta; y resplandeció un relámpago.

Ians se persignó devotamente, y lleno de terror, se apresuró á llevar á la niña al lado de su madre. Cuando volvió halló á Siegbrit paseándose agitadamente por el cuarto.

—Ians, dijo, oyes la señal de mi amo que me llama? el rayo estalla, el relámpago brilla, los demonios ahullan en la tempestad. Ya los tormentos del infierno penetran en mi corazón que deben devorar por toda una eternidad. Ians, jamás volveré á ver á mi Duyvecke. Estoy separada de ella para siempre! Oh! cuán desgraciada soy!

Si, desgraciada! porque si no hubiera proseguido con tanto encarnizamiento y tantos crímenes mi última venganza, quizá Dios me hubiera perdonado. Quizá me hubiera permitido el arrepentimiento y la esperanza. Hoy ya no puedo salvarme. Nada mas me queda que el infierno y sus tormentos. Oh! por lo que sufro en estos instantes, comprendo toda la estension de su horror!

—Siegbrit, procurad orar! Intentadlo en nombre de Duyvecke.

—Calla! no pronuncies ese nombre puro. Me hace sufrir como la gota de agua bendita que cae sobre la cabeza de un demonio. Calla, calla.

—No, exclamó Ians, no, yo desafiaré al demonio. Aunque venga procuraré hasta el cabo arrancarle vuestra alma: orad, orad, arrepentíos por Duyvecke.....

Estalló el rayo, un relámpago penetró en la habitación é hizo retroceder á Crumbrughe aturrido y deslumbrado, mientras que el reloj y las campanas lanzaban á los aires con sus voces dolorosas, los doce tañidos de la media noche. Prosternado con la faz en la tierra y el corazón palpitante de espanto, el tegedor oyó á Siegbrit que parecía luchar con un ser invisible: poco á poco quedóse la vieja inmóvil, cesó el ruido y calló la tempestad. Cuando Ians se atrevió á levantarse, vió el cadáver de Siegbrit tendido en el suelo.

Su primer cuidado fué ir á buscar un sacerdote que vivía en la casa inmediata, á fin de que velase al lado de este cuerpo inanimado y pasase la noche orando. Se cuenta que por mas que hizo no pudo el san'o prelado lograr encender el cirio que debía alumbrar el cadáver: el agua bendita que echó sobre los restos mortales de Siegbrit, hirvió como si hubiera caído sobre un hierro encendido.

Este fenómeno se repitió al siguiente dia cuando llevaron el cuerpo á la iglesia, y lo depositaron en tierra

(1) La reina Isabel murió sola, en el mayor abandono, y completamente despreciada de su hermano Carlos V, que dijo al saber su muerte: «el sepulcro conviene mejor que el destierro á una reina destrozada.»



Un relámpago penetró en la habitación é hizo retroceder á Crumbbrugghe.

santa. Si es menester creer á la tradicion, tuvieron que abandonar el cementerio, porque el espiritu del mal se apoderó de él; terribles fantasmas le visitaron á menudo en lo sucesivo y le valieron el siniestro nombre de *agujero del infierno*.

Con el oro que le habia dejado Siegbrit, fundó Ians Crumbbrugghe en la iglesia de Santa Gudula una misa perpétua por el reposo del alma de Duyvecke Rynghaut. Todas las mañanas mientras vivió oyó esta misa con su muger y sus hijos.

Su vida por lo demas fué larga, honrada y colmada de honores. Su gran fortuna, su experiencia y el conocimiento perfecto que tenia de los paises del Norte, no solo hicieron de él un gran personage en la asociacion anseática, sino que le valieron la estimacion y el favor del emperador Carlos V. En mas de una circunstancia difícil, fué llamado al consejo de su soberano, donde se hizo notable por la sabiduria de sus opiniones, y por la prudencia de sus consejos. Mas de una vez dominó el carácter naturalmente riguroso de su soberano, y se valió de su influencia mediadora, principalmente cuando el emperador pasó á Gante para castigar sus sediciones.

En esta época, uno de los hijos de Ians Crumbbrugghe, dejó á Bruselas y fué á establecerse en Gante.

Todavía á fines del siglo XVIII existia en esta última

ciudad un regidor que llevaba el nombre de Crumbbrugghe.

En cuanto á Cristian, he aqui el fin de su historia.

En 1543, Cristian III que habia sucedido á Federico, llamado al trono de Dinamarca despues de la espulsion de Cristian, concluyó en Spira con Carlos V una transacion por medio de la cual se estipuló que el antiguo rey seria tratado en lo sucesivo con mas dulzura, y que saldria de la torre de Soenderburgo con la condicion espresa de firmar una renuncia completa á las pretensiones que pudiera conservar sobre los tres reinos del Norte. Cristian obedeció sin vacilar, firmó todo lo que quisieron, y abdicó sin demora sus derechos. Por precio de esta vergonzosa y cobarde obediencia, le asignaron una renta sobre la bailia de Catlundborg, y sobre la isla de Sansoe, donde pasó en un estado próximo al idiotismo, los trece años que le quedaban de vida.

Cristian tuvo tres hijos: Juan, nacido en 1518, fué educado en los Paises Bajos por el célebre Cornelio Agrippa, y murió en Ratisbona en 1552, el mismo dia en que su padre principiò su largo cautiverio. Dorothea se casó con Federico elector palatino; Cristina despues de haberse desposado con Francisco Sforzia, duque de Milan, se casó con Francisco duque de Lorena.

E. BERTHOUD.

